Guerra de Secesión: Crónicas

FERNANDO MARTÍNEZ

Titánica

Muchos son los libros que se han escrito sobre la guerra de Secesión (mal llamada en nuestro país guerra civil norteamericana), en su mayoría en lengua inglesa. No ocurre lo mismo en español, donde escasean de manera alarmante. Apenas podemos contar con un par de manuales de garantía (formato divulgación histórica) y algún que otro título centrado en las batallas más importantes donde lo más destacado es el despliegue de mapas e ilustraciones sobre el conflicto.

Este pequeño libro, en formato electrónico y de carácter gratuito, recoge aquellas

Prefacio

¿Qué les parece que un artista se dedique a dibujar mapas durante la guerra? ¿Creen que un águila calva fue la mascota de un regimiento de la Unión? ¿Quieren conocer detalles curiosos de *Lo que el viento se llevó*? ¿Y la vida del general John F. Reynolds? Estas son algunas de las preguntas que se plantean a lo largo de los capítulos de este entretenido y singular libro.

historias que por ser de reducidas dimensiones, no tendrían cabida en un manual tradicional editado y publicado en papel. La mayoría de las crónicas —de ahí el título de la obra— son conocidas por los lectores, pero aquí se resaltan detalles menos célebres, que no por ello menos destacados.

Pero este modesto libro es también una opción posible, la de iniciar el proceso inverso, es decir, el lector interesado puede comenzar su conocimiento de la guerra de Secesión a partir de estas crónicas y más tarde adentrarse en un manual de historia convencional.

CAPÍTULO 1

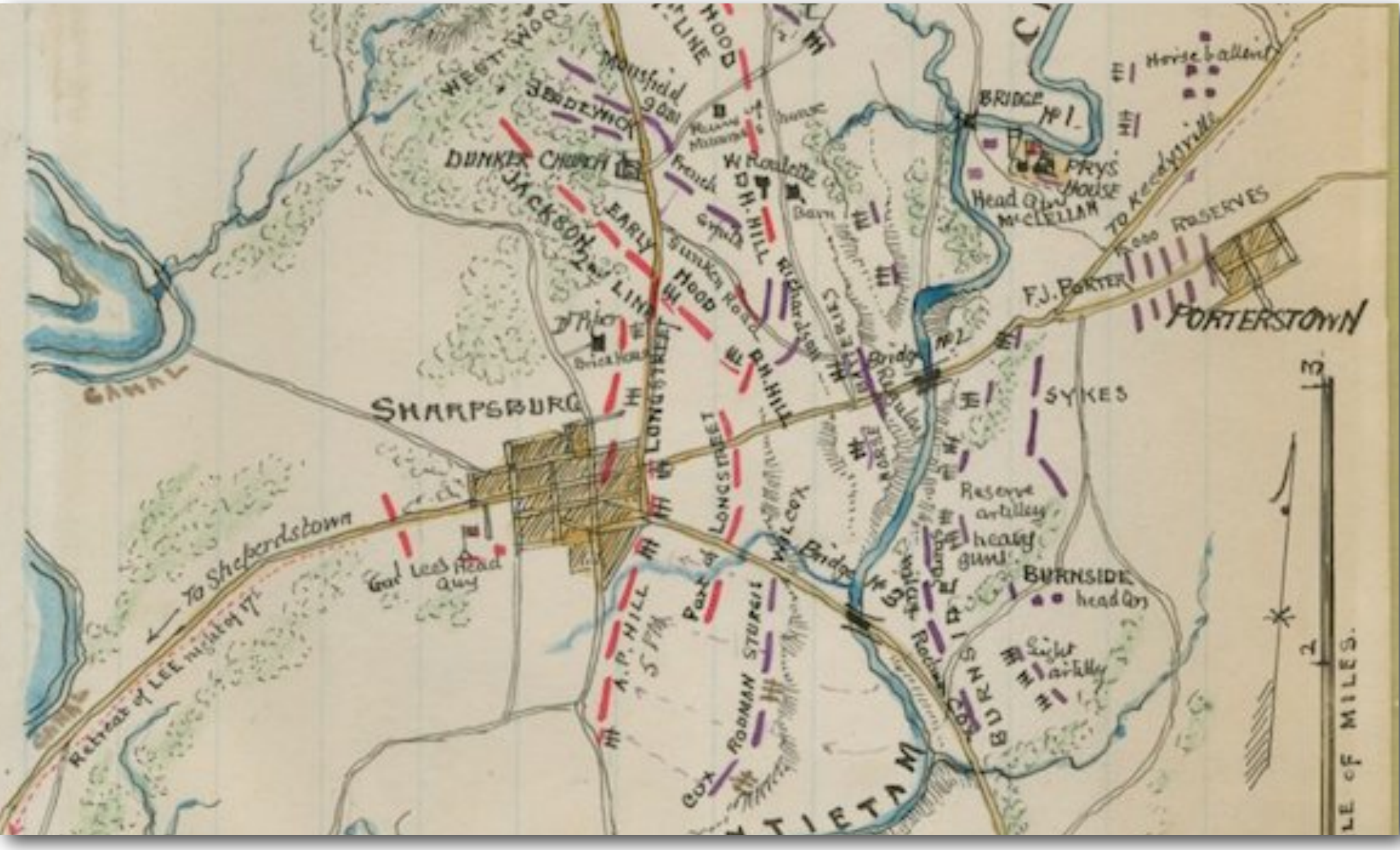
Un Artista En La Batalla

La guerra de Secesión, aunque contó con un servicio de cartografía, tuvo el inconveniente de librarse en escenarios agrestes y poco fiables para los Estados Mayores de ambos ejércitos. La Unión tiró de artistas de los pinceles para elaborar mapas. Ese fue el caso de Robert Knox Sneden.

¿Quién dijo que en la guerra se aprecia lo mejor y lo peor del hombre? No sé, no lo recuerdo. Seguro que lo peor. ¿Y lo mejor? Pues, dirán algunos, la camaradería, la entrega, el sacrificio, el heroísmo... aunque sean tan absurdos como los principios por los que se lucha o por los que surgen las guerras. ¿Hay un hueco para el arte? Tal vez. Sigan la vida de un soldado de la Unión en este apretado capítulo y lo comprobarán.

Robert Knox Sneden se alistó en 1861 en el 40º de Nueva York cuando comenzó la guerra de Secesión. Después del campamento de instrucción, sirvió en el estado mayor del III Cuerpo del Ejército del Potomac como pin-

Mapa detallado de Robert Knox sobre la batalla de Antietam



tor de mapas para los oficiales. Y embarcó para participar en la Campaña de la Península. Entre cañonazo y cañonazo toma sus lápices de colores y pinta los ríos, los fuertes, las montañas, los bosques y, de paso, las posiciones de las fuerzas confederadas.

Asignado al personal del estado mayor del general William H. French fue capturado en una de las incursiones de *El fantasma gris*, un coronel de Caballería sudista que fue admirado hasta por sus enemigos y del que hablaremos en otra ocasión en este libro.

Así que al artista le encerraron en la prisión Libby, en Richmond, un horrendo lugar donde se hacinaban los oficiales federales, y donde se contagió del tifus. No tuvo suerte, tras una fuga fallida fue enviado a Andersonville, Georgia, un campo de prisioneros aún más terrible que el anterior, pero incluso en esas condiciones no deja de hacer dibujos de manera clandestina.

Autorretrato de Robert Knox Sneden

Será el 11 de diciembre de 1864 cuando es intercambiado en Charleston por otros prisioneros de la Confederación. Murió el 18 de septiembre de 1918, cuando en Europa todavía se luchaba en las trincheras. Nunca dejó de pintar acuarelas de la guerra que vivió.

Su obra cayó en el olvido, archivada en la Sociedad Histórica de Virginia, hasta que en 1994 un comerciante de arte descubrió los originales, además del diario del pintor, que uno de sus descendientes vendió en una casa de subastas. Ahora son de dominio público, pues se pueden consultar en la Biblioteca del Congreso. Entre el horror de la muerte y el sinsentido de las batallas siempre hay un resquicio para el arte.

Miller´s House, cerca de Brandy Station, Virginia, donde fue capturado Knox en octubre de 1863

CAPÍTULO 2

Empate En Los Hampton

La primera batalla naval de la historia ocurrió durante la guerra de Secesión. Fueron vetustos barcos de madera recubiertos con planchas de acero y torretas blindadas con cañones giratorios. El primer enfrentamiento acabó sin un claro ganador.

Está muy bien eso de la secesión, de construir una nueva nación, mucha banderita, mucho desfile, mucho uniforme y fotografías con el rostro marcado por el aplomo de los días únicos que se viven, que son históricos además, según se afirma en los discursos y en los artículos de la prensa, que abogan por enardecer a las masas. Porque ahora se es libre para decidir el futuro, la libertad lo impregna todo, como una nueva fragancia.

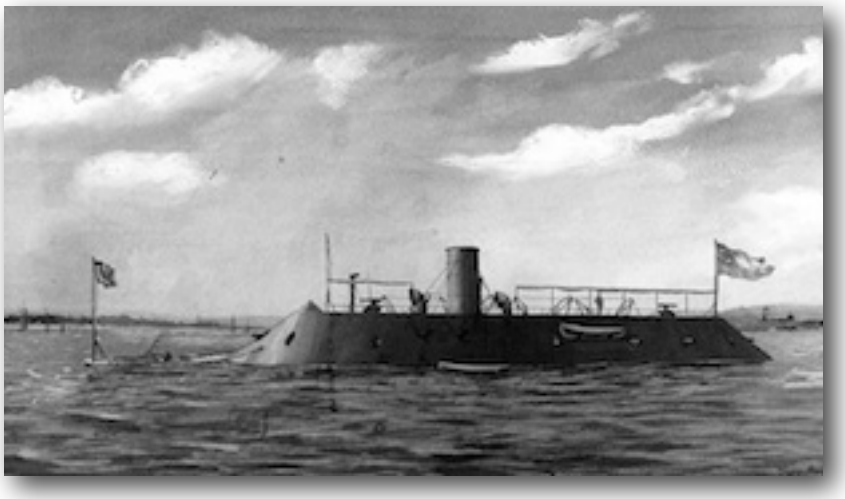
El anterior párrafo les puede sonar reciente, de ayer mismo, por aquello de los derechos innatos "a decidir", pero se refiere a los ya lejanos años de la guerra de Secesión. Así que si usted —improbable lector— fuese marinero en 1861, le hubieran enrolado a la fuerza en un barco de la Armada confederada. Afortunado si lo alistan en el *CSS Virginia*, antiguo *Merrimac*, y se dirige a la batalla durante la mañana del 9 de marzo de 1862. Usted es sudista y no le queda otra que defender su bandera, la patria, bla, bla, bla...

Cromolitografía que describe la batalla naval de Hampton Roads, el 9 de marzo de 1862

El encuentro con la Unión es en los Hampton (sí, el lugar de la famosa serie de médicos y pijos), en la costa de Virginia, porque a los yanquis no se les ocurrió otra cosa que establecer un bloqueo al nuevo Estado confederado. Y, ya metidos en faena, ¿qué tiene de particular esta batalla?

Pues se trata, según la historiografía naval, de la primera entre acorazados. El *CSS Virginia*, todavía con obreros en el interior cuando se hizo a la mar, añadió planchas de hierro a su estructura de madera.

Frente a él, el *USS Monitor*, de la Armada de Estados Unidos, un buque todavía más revolucionario, pues su perfil era tan bajo sobre el agua que sólo eran visibles una mínima parte de la cubierta y la torreta armada: evidentemente, estaba acorazado como su rival.



CSS Virginia, acorazado de la Confederación

Más que una batalla pareció un experimento en una bañera, un simulacro entre ingenieros náuticos, ya que en aquella mañana se dieron los primeros pasos de la guerra naval moderna.

Roger Jones, comandante del *CSS Virginia*

Pero en las batallas, por muy experimentales que sean, mueren soldados, en este caso marineros, en su mayoría jóvenes y llenos de vida. Así que usted es testigo de los tremendos cañonazos, de los choques con los antiguos barcos de madera y, lo peor, el calor intenso de las calderas, el olor a carne quemada y a la sangre esparcida que decora las paredes.

En aquel empate técnico en Hampton Roads —en verdad nadie ganó la batalla— murieron más de trescientos marineros en aras de la libertad, la independencia y la secesión de los Estados Confederados de Norteamérica. Y no serían los últimos.

CAPÍTULO 3

Old Abe, La Mascota

Una de las mascotas más famosas de la guerra de Secesión fue el águila calva del 8º de Wisconsin, una aguerrida unidad de combate que se hizo célebre en la batalla de Vicksburg. Con el mismo nombre del presidente Abraham Lincoln sirvió como inspiración a regimientos posteriores.

En verdad era una hembra, un hermoso ejemplar de águila calva americana (*haliaeetus leucocephalus*), el símbolo de la república que ideara George Washington, aunque cuanta la leyenda que se pensó seriamente, en los días de la independencia de Gran Bretaña, en aupar al pavo salvaje (*meleagris gallopavo*) a la categoría de emblema de Estados Unidos.

Pero expliquemos mejor la historia de un águila calva que recibió el mismo apodo electoral del presidente Abraham Lincoln, un regimiento de infantería de Wisconsin durante la guerra de Secesión, un cazador indio, el sitio de Vicksburg, la Exposición Universal de Filadelfia y el distintivo de la

Ilustración de Don Troiani sobre la batalla de Vicksburg

101ª aerotransportada, realidades unidas por un mismo núcleo narrativo, a saber, el uso de mascotas en los ejércitos de cualquier época, clase y condición.

Durante la primavera de 1861 el indio Sky, de la tribu de los ojibwe (en verdad se llamaba Ahgamahwegezhig, intraducible), acampó al este de Park Falls, en Wisconsin, en su temporada de caza habitual. Al final del verano vendió, entre otras cosas, el águila a Daniel McCann por unos sacos de maíz.

Y en esto que la guerra entre el Norte y el Sur estalló. En Wisconsin se creó una compañía de voluntarios, y por dos dólares y medio McCann le vendió el ave a uno de los oficiales de la reciente unidad de infantería En septiembre de ese mismo año se encuadró la compañía de voluntarios en el 8º de Wisconsin, no fue casualidad que se le llamara Águila, y que poco tiempo después se conociera al regimiento al completo con el mismo nombre, dado al impacto visual de una mascota de esa categoría (política, se entiende). Así que les quedaba combatir y demostrar en el campo de batalla la fuerza del atributo que portaban en sus desfiles.

De esta forma, combatieron con distinción en el Teatro de Operaciones del Oeste, sobre todo, pues se foguearon en la toma de la Isla número 10, al igual que en Corinth o New Madrid, hitos estratégicos en ambas márgenes del río Misisipí, previos al control total de las fuerzas de la Unión en el verano de tercer año de guerra, en julio de 1863.

Sin embargo, fueron conocidos estos aguerridos soldados y su singular mascota durante el sitio de Vicksburg, el último bastión confederado sobre el Misisipí.

A las tres de la tarde del 22 de mayo de 1863 el 8º de Wisconsin, encuadrado en la III División del general James M. Tuttle, formado en una densa columna marchó a paso ligero para atacar las posiciones sudistas en la llamada carretera del cementerio.

Entre la marea de hombres uniformados de azul se encontraba el soldado Edwin Homiston, encargado de los cuidados de Old Abe, y que sostenía al pájaro sobre una percha para que se pudiera observar desde cualquier ángulo. No es extraño que los tiradores de precisión sudistas intentaran aniquilar a Gallinazo yankee, el nombre con la que la bautizaron al otro lado de las trincheras.

La batalla fue una carnicería, como otras en el frente del Oeste. El sitio de Vicksburg continuó hasta principios de julio, pero el águila sobrevivió a la contienda. Fue considerada una reliquia de guerra y, con tal motivo, se le asignaron dos habitaciones en el edificio del Capitolio de Wisconsin, pues se había convertido en símbolo del propio estado del Medio Oeste.

Asistió en 1876 como invitada de honor a la Exposición Universal de Filadelfia con motivo de la celebración del primer centenario de la Independencia de Estados Unidos. Un incendio fortuito en los sótanos del Capitolio de Wisconsin afectó al ave por los gases que aspiró. Murió el 17 de septiembre de 1881 en los brazos de su último cuidador, George Gillies.

Y entonces se convirtió en leyenda, muy del gusto de los norteamericanos, por cierto. Una réplica preside las reuniones de la Asamblea del estado de Wisconsin, fue marca de la empresa de maquinaria agrícola Case y emblema de la 101ª División Aerotransportada, una de las unidades más cinematográficas (*Hermanos de sangre*, por ejemplo) del Ejército estadounidense.

Old Abe abriendo sus alas en una fotografía tomada en fecha indeterminada

CAPÍTULO 4

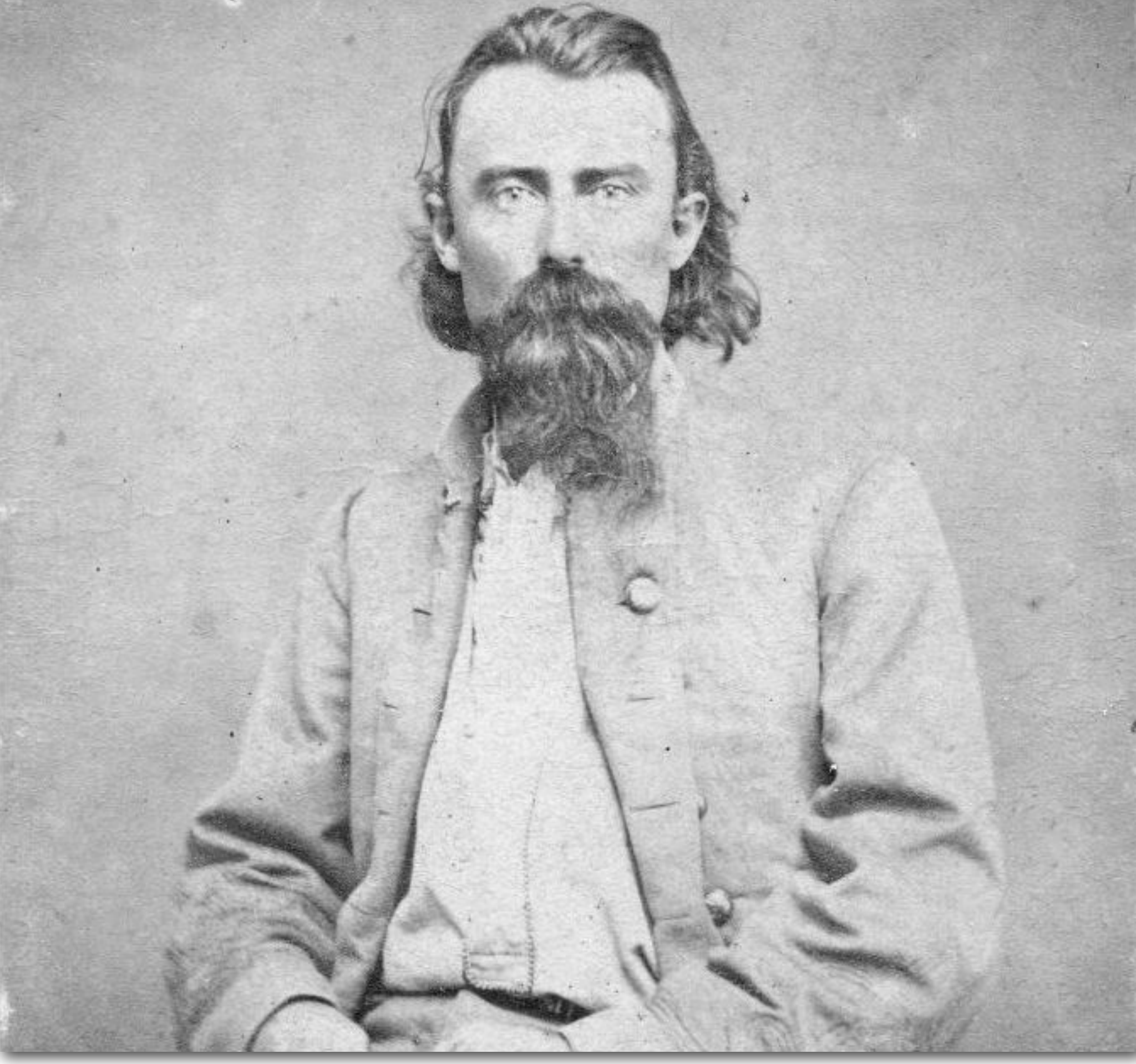
Cabalgadas Por Misuri

Nada mejor que el cuerpo de Caballería del Ejército confederado para engendrar personajes únicos, que viven entre la leyenda y la historia. A Joseph O. Shelby se le quedó pequeña la guerra, con sus jinetes se marchó a México para ponerse al servicio del emperador Maximiliano I. No es extraño que consiguiera incluso el respeto de sus enemigos. Después del conflicto fue agente federal en Misuri.

Nada hay más palpitante que cabalgar tras las líneas enemigas, inutilizar las vías férreas, cortar las líneas telegráficas y robar munición y caballos por las tierras de Misuri. Emocionante, ¿verdad? Y más si se lucha en desventaja, pues los jinetes de la Confederación fueron los mejores soldados a caballo de su época, pero se enfrentaron a la máquina de guerra de la Unión, imparable a partir de la derrota de Robert E. Lee en la batalla de Gettysburg.

Entre aquellos rudos jinetes destacaron algunos semblantes tan marcados que consiguieron la admiración incluso de sus enemigos. Uno de ellos fue Joseph O. Shelby. Este rico hacendado sureño nació en Lexington, Kentucky. En principio no se enroló en el Ejército para convertirse en ofi-

A la derecha, una carta de visita de Joseph O. Shelby



cial, sino que se puso a trabajar en los negocios familiares. Pero tras casarse con una prima lejana se mudó al territorio de Kansas, en litigio entre abolicionistas y esclavistas. Es ahí donde aprende a combatir en situaciones extremas.

Cuando se produce la secesión, crea su propia unidad, la caballería del condado de Lafayette. Son apenas cien jinetes, pero decisivos, como en la batalla de Carthage o Pea Ridge. Luego llegarían acciones más espectaculares, como apresar incluso una cañonera federal. Con el tiempo serán conocidos como la *Brigada de hierro*, aunque nada tienen que ver con los regimientos de infantería de la Unión que también llevaban el mismo apelativo.

A la izquierda, batalla de Yellow Tavern; sobre estas líneas, armas originales de Caballería

Su acción más destacada fue el llamado gran *raid*, es decir, la mayor razia durante la guerra de Secesión. A mediados de 1863 partió con setecientos hombres, dos cañones y una abundante caravana de suministros. El objetivo no era otro que conquistar la capital de Misuri y, ya puestos, levantar la moral, reclutar simpatizantes y entretener el mayor número número de tropas federales, que en esos momentos luchaban en la campaña de Chattanooga, Tennessee.

No realizó un plan de ataque detallado —eso es estrategia militar, vamos— cuando se adentró tras las líneas enemigas. Frente a él se encontraban más de cincuenta mil soldados entrenados, descansados y perfectamente avituallados. El *raid*, eso sí que es cabalgar, no consiguió evidentemente sus objetivos, pero causó a la Unión unas pérdidas escalofriantes de unos dos millones de dólares. Después de cuarenta y un días de ataques y retiradas consiguió llegar a casa sano y salvo.

Fue nombrado general de brigada, pero ocupó un papel menor en lo que quedaba de guerra. Al rendirse la Confederación en abril de 1865, Shelby se fue con sus jinetes a México, donde se puso al servicio del emperador Maximiliano I. Podemos dar un paso más de la leyenda: engrosó la lista de los no derrotados, aunque regresó a su país y fue nombrado —típico en Estados Unidos— agente federal en el estado de Misuri. Y toda una película narró sus hazañas, *The Undefeated*, con dos estrella de excepción en los papeles principales, nada menos que los conocidísimos John Wayne y Rock Hudson.

CAPÍTULO 5

Mary Todd, La Sombra De Abraham Lincoln

Fue la primera dama durante los años más difíciles de Estados Unidos, aquellos en los que se desarrolló la guerra de Secesión. Nació en el Sur entre esclavos y le costó encajar en la sociedad abolicionista de Washington. Tan sólo le sobrevivió un hijo, lo que le causó una profunda inestabilidad emocional a lo largo de su azarosa vida.

Ahora que la sombra de Abraham Lincoln es alargada por cuestiones cinematográficas (en verdad ofrecía al resto de los humanos una silueta de más de metro ochenta), conviene conocer la sombra de la primera dama, Mary Todd Lincoln, una mujer de armas tomar.

Mary Todd, inmortalizada en la fotografía de Mathew Brady

Mary era coqueta y sensible y, lo más importante, de buena familia, de ahí que personajes como Sthepen A. Douglas la cortejaran. Pero ella, menuda y de risa burlona, se fijo en un enclenque y tosco abogado de Illinois, un tal Abraham Lincoln.

Se casaron el 4 de noviembre de 1842 y por cuestiones que a los mismos protagonistas se les escapaban, se convirtieron en la primera pareja de un país que se encaminaba con pie firme al abismo. Así que se convirtió en primera dama y remozó la Casa Blanca, pues el anterior presidente, James Buchanan, era soltero.

¿Se lo imaginan hoy, un soltero en la mansión presidencial? Pero surgieron los primeros problemas: era del Sur, pensaba que la raza blanca era superior y, en definitiva, se crió entre esclavos, lo que la alta sociedad de Washington no le perdonó nunca. Además, sus familiares más cercanos murieron en la guerra, pero defendiendo los colores de la Confederación. Vaya lío...

Ella suplía ese rechazo con una intensa vida social, su carácter cambiante y sus excentricidades. Por ejemplo, con los atuendos y las joyas, como se puede observar en la fotografía de Mathew Brady que se reproduce en este capítulo. A ese cúmulo de problemas había que sumar la pérdida de tres de sus hijos, tan sólo el mayor sobrevivió a su madre, y padecer en casa los rigores de un marido presidente de Estados Unidos durante una guerra civil.

Además, con la llegada de la paz, fue testigo en primera persona del asesinato de su marido, unos días después de rendirse el Ejército confederado. Ya viuda, Mary Lincoln regresó a Illinois. Por medio de una ley promulgada en 1870, el Congreso de Estados Unidos le concedió una pensión vitalicia, como viuda, que ascendía a unos tres mil dólares al año.

La muerte de otro hijo suyo, Thomas, en 1871, le causó a Mary Lincoln un dolor tan profundo que quedó sumida en una depresión. A principios de la década de 1880 se marchó a casa de su hermana Elizabeth, donde se llevó postrada los últimos años de su vida. Murió a los sesenta y tres años el 16 de julio de 1882. fue enterrada en el Mausoleo de Lincoln en el cementerio de Oak Ridge de Springfield, junto a su marido.

El único hijo del matrimonio Lincoln que vivió y tuvo descendencia fue Robert Todd Lincoln, que ejerció como abogado y llegó desempeñar el cargo de Secretario de Guerra durante la legislatura de 1881-85 en la presidencia de James Garfield.

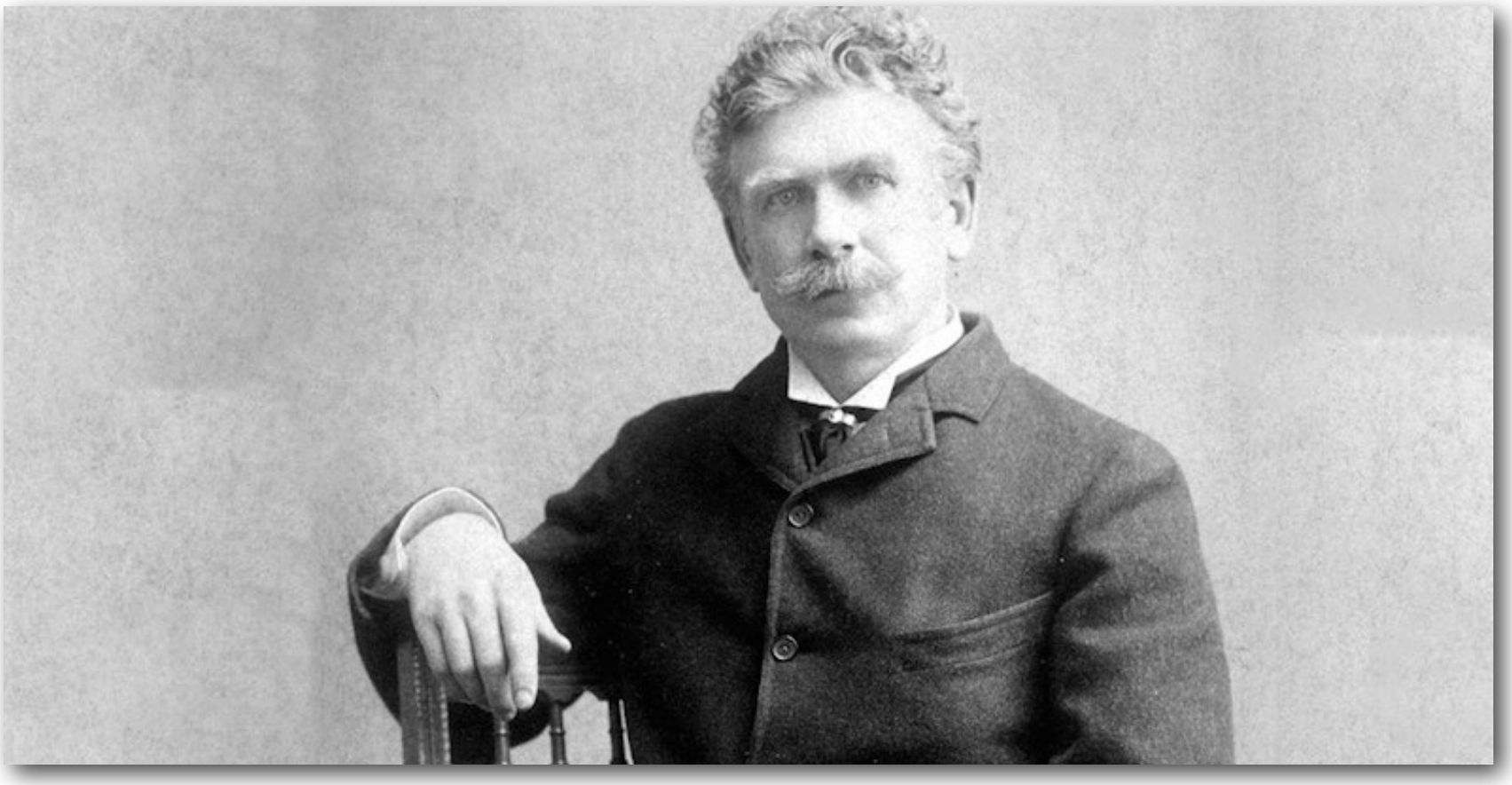
CAPÍTULO 6

Cuentos De Soldados

Participar en una guerra civil, sobrevivir y luego describir sus horrores debe ser una experiencia que marque la conciencia de un escritor. Más que nada por la cara de mala leche que se te queda delante del espejo. Suma de horrores, de muertos, de jóvenes mutilados, de ciudades arrasadas... en definitiva, los normal cuando se sufre una contienda entre hermanos. Pues la guerra de Secesión fue my cruenta, a pesar de producirse en un país joven y con los parámetros del siglo XIX.

Esa fue la peripecia vital de Ambrose Bierce durante la guerra de Secesión, aquella de los soldados azules y grises, en fin, la de las pelis de Hollywood de toda la vida. Y debe marcar lo padecido en los frentes de batalla cuando te pones delante de una máquina de escribir (ahora, un ordenador). La guerra fue, como diría un buen periodista, un excepcional caldo de cultivo para la creación literaria.

Cuando comenzaron las hostilidades era un joven con altos ideales y cuando se licenció se dedicó al periodismo en California y, ya de paso, a azotar las conciencias de sus vecinos desde sus artículos incendiarios. Y menos mal que su bando, el de la Unión, fue el vencedor, pues al menos se



El escritor Ambrose Bierce fotografiado después de la guerra de Secesión, en 1892

llevó esa palabra que, según John F. Kennedy, nunca tiene padres, la victoria.

En sus *Cuentos de soldados* —más bien microrrelatos— se mezclan las situaciones rocambolescas y absurdas de la guerra, de cualquier guerra, la verdad. En la línea de Stephen Crane con su *El rojo emblema del valor*, nos acerca, con una prosa muy parecida y con las mismas pretensiones, por eso su obra es universal, a los mismos planteamientos que nos sirven para hablar de los marines desplegados en Afganistán, pongamos por caso. Porque a fin de cuentas, el discurso de la violencia poco ha cambiado con el paso de los siglos, ¡ejem…!, de las guerras.

Además de los cuentos escribió el *Diccionario del Diablo*, una manera muy peculiar de definir las grandes palabras del ser humano. Ahí va una definición sobre el ser humano: “Especie animal tan ensimismada en la ensimismada contemplación de lo que piensa que es, que a veces se olvida de lo que debiera ser. Su principal ocupación es exterminar a otros animales y de su propia especie”. Sin comentarios.

CAPÍTULO 8

Caballeros Del Sur

La Caballería fue una de las armas que mejor definió el espíritu de lucha de las tropas confederadas en la Guerra de Secesión, pero los soldados a caballo no jugaron un papel destacado. Más que una fuerza de choque, las monturas se desplegaron por América del Norte como apoyo táctico a los numerosos regimientos de infantería.

Tal vez esa función se deba en parte a las colosales distancias que abrumaron a los generales y, por otro lado, a la falta de una tradición bélica, el anverso de la Europa post-napoleónica a mediados del siglo XIX.

Se calcula que la vida media de un caballo durante la guerra de Secesión era de apenas cuatro meses. Las fuerzas montadas de ambos bandos se encontraron con campos de batallas dispersos y orográficamente insalvables. No es extraño que el arma de Caballería fuese un cuerpo auxiliar, un catalejo móvil para los estados mayores.

Caballería confederada en plena campaña

Pero en uno de los contendientes, la Confederación, el caballo encontró el acomodo de una sociedad netamente agraria. El perfil aristocrático de la sociedad sureña tuvo su símbolo en la figura romántica del oficial a caballo. A ello contribuía la especificidad del arma, a saber, uniformes relumbrantes, escasa disciplina y movilidad táctica, mucha movilidad táctica.

La caballería no fue un arma decisiva, pues todavía se concebía como apoyo a los soldados de infantería, de ahí que, en muchas ocasiones, se bajaban los jinetes de sus monturas en cuanto la situación se ponía difícil.

La caballería se convirtió en la mejor forma de rastrear y acosar al enemigo cuando se encontraba en movimiento. Un lugar recurrente para sus andanzas fue el llamado Teatro de Operaciones del Oeste, donde sobresalieron una serie de nombres que, con el correr del tiempo, se han convertido en leyendas.

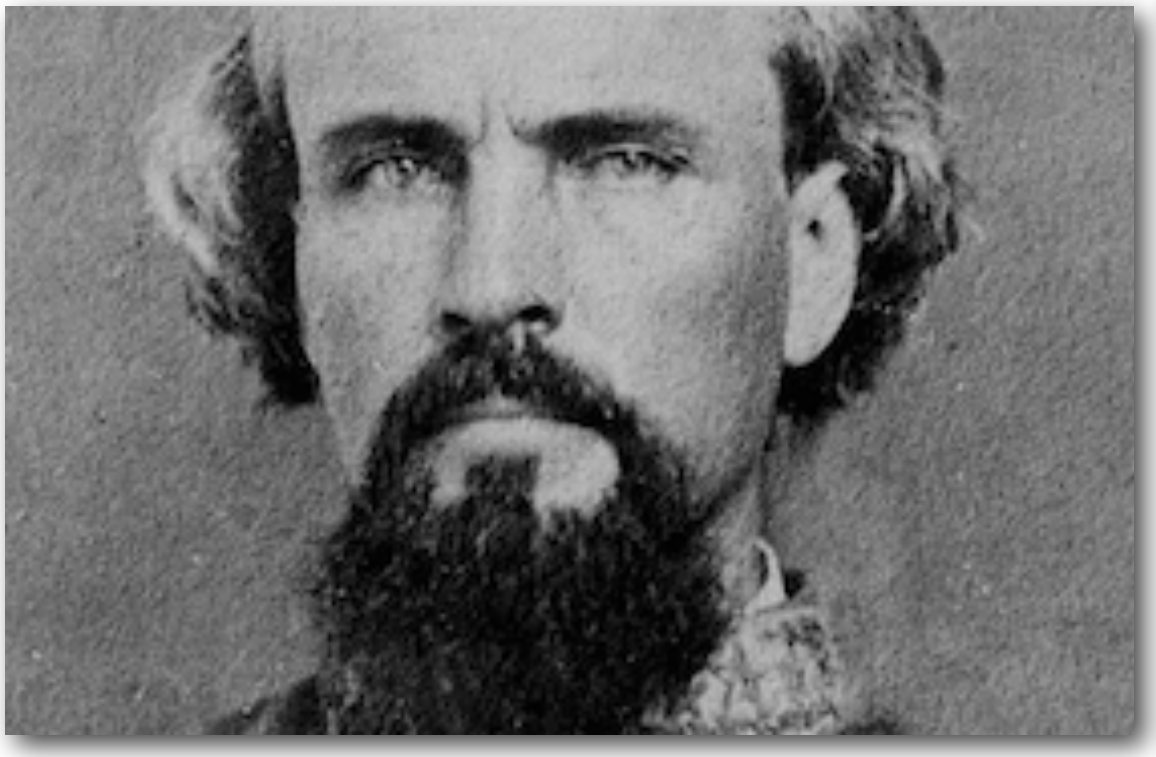
La Caballería se convirtió en la mejor forma de rastrear y acosar al enemigo cuando se encontraba en movimiento. Un lugar recurrente fue el Teatro de Operaciones del Oeste, donde sobresalieron unos jinetes que, con el correr del tiempo, se han convertido en leyendas

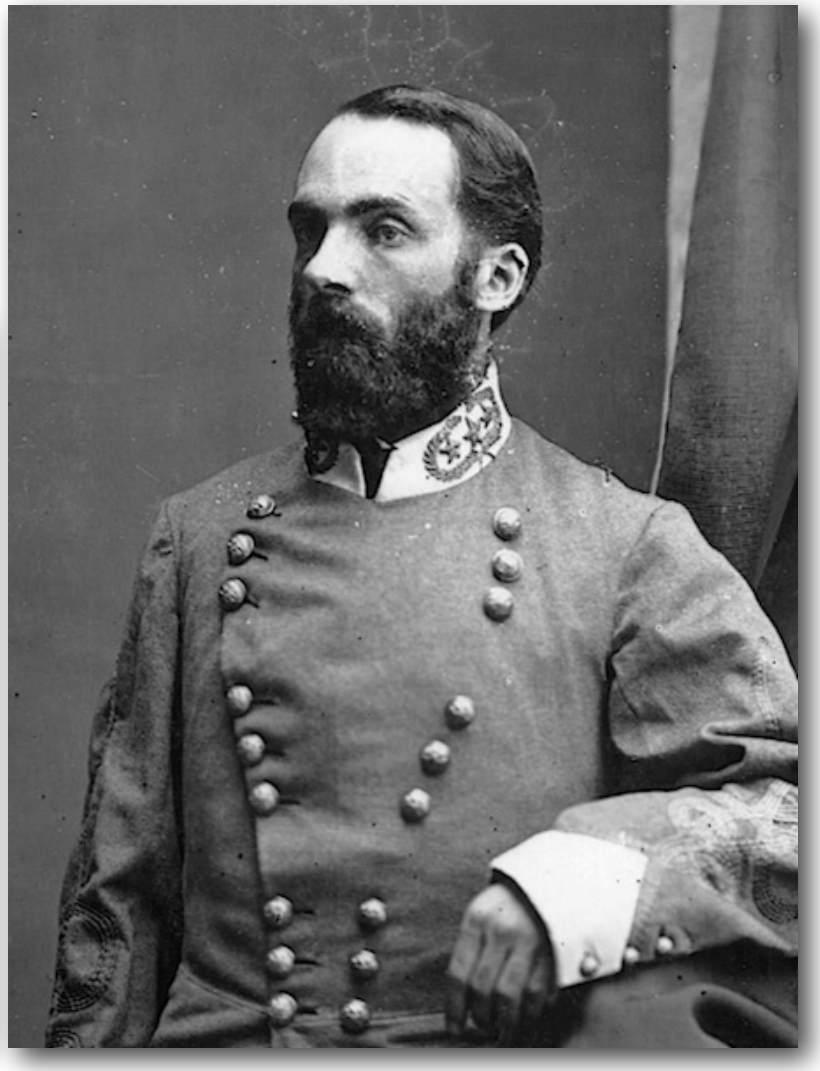
El general Joseph Wheeler procedía de West Point y pronto chocó con Nathan Bedford Forrest, después del desastroso ataque al Fuerte Donelson, en Tennessee, en febrero de 1862. Forrest juró que nunca más volvería a servir a las órdenes de Wheeler, por lo que cada uno dirigió por su cuenta todo un Cuerpo de Ejército, algo impensable en las guerras consideradas modernas.

Las tropas de Wheeler eran dirigidas según los métodos tradicionales, aunque se veían poco sables. Sus hombres eran más bien infantes a caballo, que servían de forma excelente en el campo de batalla para romper los flancos del enemigo a campo abierto.

El general de la Unión William T. Sherman comentaría después de la guerra: “En caso de guerra con un país extranjero, él es el hombre que debe comandar la caballería de nuestro ejército”. En una declaración, que dejó atónitos a los puristas, Wheeler afirmó: “La mejor arma para un jinete es su fusil”.

La misma filosofía practicaba su rival, Nathan Bedford Forrest, quien, nacido en el seno de una familia pobre, se convirtió en hombre de negocios, dueño de varias plantaciones y mercader de esclavos en Memphis. Cuando estalló la guerra era ya un millonario plantador.





A la izquierda, Nathan Bedford Forrest; sobre estas líneas, Joseph Wheeler

Se alistó como soldado raso y el 14 de julio de 1861 se unió a la Compañía E de Rifles Montados, bajo el mando del capitán J. S. White. El gobernador de su estado, Tennessee, promovió a Forrest al rango de coronel, sorprendido de que alguien con esa riqueza se hubiera alistado en el rango más bajo del ejército. Un año después ya era general.

El 25 de marzo de 1864, en la batalla de Fuerte Pillow, Forrest exigió la rendición incondicional, so pena de “pasar a cada enemigo por las armas”. Los hechos de aquel combate fueron inciertos y están rodeadas de versiones diversas, como la que señala que, tras hacer prisioneros a los soldados de la Unión, éstos fueron ejecutados, crucificados o quemados vivos, y no olvidemos que muchos de sus prisioneros eran soldados negros.

Al terminar la guerra se retiró a Memphis arruinado, pues se quedó sin mano de obra. Entró a trabajar a una compañía ferroviaria, de la que se convirtió en presidente. Durante su retiro comenzó sus contactos con el Ku Klux Klan. La sombra de su figura todavía hoy genera opiniones encontradas.

Tal vez el personaje más apasionante de la caballería confederada sea James Ewell Brown Stuart, más conocido por sus iniciales de J. E. B. Stuart, un soldado valiente e inconfundible en el campo

de batalla con su penacho de plumas en el sombrero y su capa forrada de rojo. Nació en la plantación de Laurel Hill, en el condado virginiano de Patrick, el 6 de febrero de 1833.

Con catorce años entró en el colegio en Wytheville y pasó por la Universidad de Emory & Henry, entre 1848 y 1850. En 1854 decidió entrar en la academia de West Point, que Robert E. Lee dirigía por aquellos años. Stuart se graduó como decimotercero de su clase, sobre un total de 46 en la promoción de 1854.

Recibió el rango de sargento, el más alto alcanzable para los cadetes. Fue destinado a la división de Rifles Montados en Texas, pero pronto fue transferido y ascendido al primer regimiento, recientemente formado. Allí se descubrió su talento en el liderazgo. Fue ascendido a capitán en abril de 1861, pero se retiró del Ejército de la Unión el 14 de mayo de 1861 para unirse al de la Confederación tras la secesión de su estado, dentro de la unidad Black Horse.

Fue ascendido a coronel y participó con éxito en Bull Run, lo que le valió el ascenso a general. En mayo de 1863, en la batalla de Chancelorsville, Stuart fue designado por Lee para que tomase el mando del Segundo Cuerpo por unos días, después de que *Stonewall* Jackson fuese mortalmente herido.

Demostró ser tan hábil dirigiendo a la infantería como lo era haciéndolo con la caballería. Cuando Jackson murió, se visitó con el uniforme que le había regalado, a pesar de que estaba manchado de abundante sangre.

Comandó a los caballeros sureños en Brandy Station, el mayor enfrentamiento de jinetes durante la guerra, en junio de 1863. Durante la batalla de Gettysburg, Stuart llegó tarde durante el segundo día, un inicio desfavorable del choque. El general Lee le ordenó que rodease a los federales y que interceptase la ruta de comunicaciones, sin embargo, su ataque fue rechazado por la caballería de la Unión.

Durante el último día de batalla se le encargó del ataque en la zona de Cemetery Ridge, en la retaguardia federal, aunque la caballería de la Confederación era ya una sombra de lo que fue. Su plan fue defenestrado por el hollywoodense general G. A. Custer, Stuart no recibió reprimenda alguna por sus actos en Gettysburg.

Durante la ofensiva del general Ulysses S. Grant en la primavera de 1864, unos 10.000 soldados interceptaron a los 4.500 jinetes de Stuart. En la terrible refriega, un jinete unionista desmontado le disparó a cien metros de distancia con una pistola, ocurrió en Yellow Tabern, cerca de Richmond, el 11 de mayo de 1864.

Al día siguiente, Stuart murió, pues la herida en el hígado fue mortal. Sus últimas palabras fueron: “Me marcho rápidamente. Estoy resignado; se cumplirá la voluntad de Dios”. Tenía 31 años. Dejó a su mujer, Flora Cooke, con dos hijos. Robert E. Lee comentó: “No puedo pensar en él sin llorar”.

La Caballería confederada era también el lugar idóneo para que surgieran individuos singulares que rozaban el mito y que, una vez concluida la guerra, se convirtieran en leyendas para ambos bandos. Sus andanzas dieron lugar a folletines y novelas baratas que se leyeron en las cantinas del Oeste. Sus hazañas se desarrollaban en los límites de la legalidad y más allá de los frentes convencionales.

John Singleton Mosby, más conocido por su sobre nombre de *El fantasma gris*

Apuntemos en esta categoría, por ejemplo, al escurridizo Wade Hampton, creador de la homónima legión que desbarató muchos de los planes de la Unión. Pero el primer puesto se lo lleva sin duda el abogado John Singleton Mosby, apodado *El fantasma gris*, un jinete al que tampoco le gustaban los sables.

Fue el líder de la guerrilla montada de la Confederación, que se conoció con el nombre de 43º Batallón Partisano de Rangers. Al frente de su caballería irregular, luchó tras las líneas enemigas, robó caballos, apresó a oficiales unionistas, asaltó trenes, campamentos y depósitos de armas.

No es extraño que el propio general Lee dijera: "¡Ojalá tuviera 100 hombres como él!". Pero la vida de Mosby fue extraordinaria incluso después de la guerra. Vivió hasta los 82 años, se hizo amigo del general Ulysses S. Grant, ayudó a perseguir al asesino de Abraham Lincoln, fue determinante en la política unionista con respecto al vencido Sur, ejerció de cónsul en Hong Kong, fue confidente de otros presidentes, mediador de la guerra del alambre de espino en las praderas y hasta investigó el fraude de la venta de tierras a los indios chickasawas.

También luchó en Cuba contra los españoles y fue en esa guerra donde trabó amistad con el padre del famoso general George Patton. Por si fuera poco, Mosby se declaró antiesclavista durante la guerra y defensor ardiente de la Unión en cuanto terminó el conflicto.

Gracias a su flexibilidad como arma y a las biografías de sus más conocidos protagonistas, no resulta extraño que el general Sherman afirmara sin rubor que "la caballería de la Confederación es la mejor del mundo".

El carismático jinete J.E.B Stuart

CAPÍTULO 8

Abraham Linclon, Tuitero

Los trozos de arcilla horneada sobre los que se escribía con caracteres cuneiformes no son más que las tabletas actuales. El papiro fue luego papel, que la piel curtida de un animal trató de imitar en los scriptorium de las abadías. Los primeros libros elaborados en una imprenta no hacían otra cosa que reproducir los escritos a mano... y así hasta nuestros días.

El término moderno no es tan moderno, sino que lo antiguo es también moderno o, dicho en otras palabras, lo antiguo (que era moderno) habita en lo moderno. Vaya lío o, en palabras más finas, el conque de la hipertextualidad. Así que, como este texto antiguo-moderno es un capítulo, pues ahí va el titular: ¿Fue el presidente Abraham Lincoln un tuitero? Gran dilema, pues hay pruebas tanto en una opinión favorable como en su contra. Si ya los niños pintaban las paredes de Pompeya con grafitis, ¿por qué no iba a añadir a sus discursos el bueno de Abe algún que otro emoticono? The New York Times publicó el 7 de agosto de 1862 un artículo del presidente en el que aparecía el símbolo-emoticono de una cara que sonríe, el famoso: **:).**

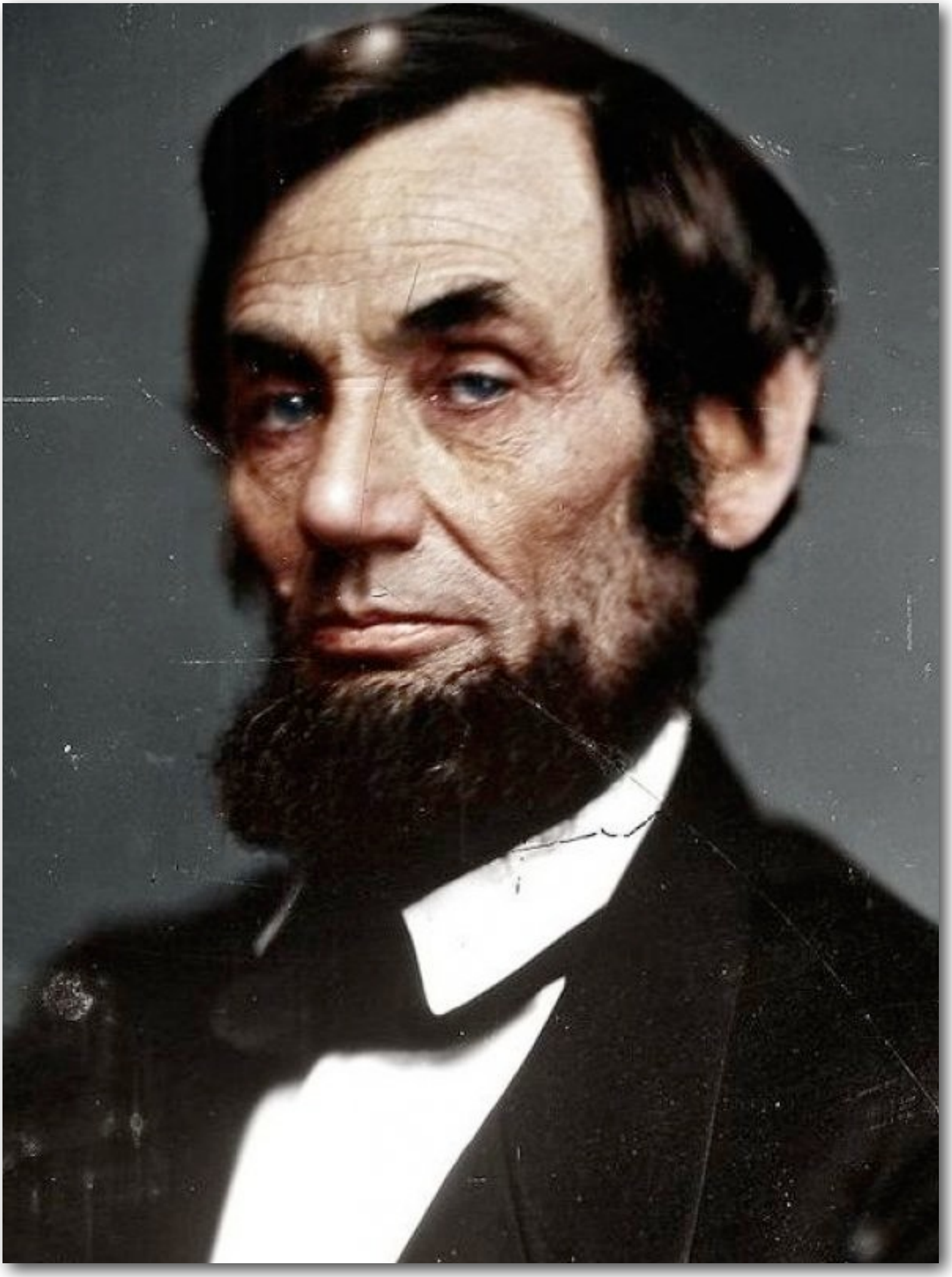
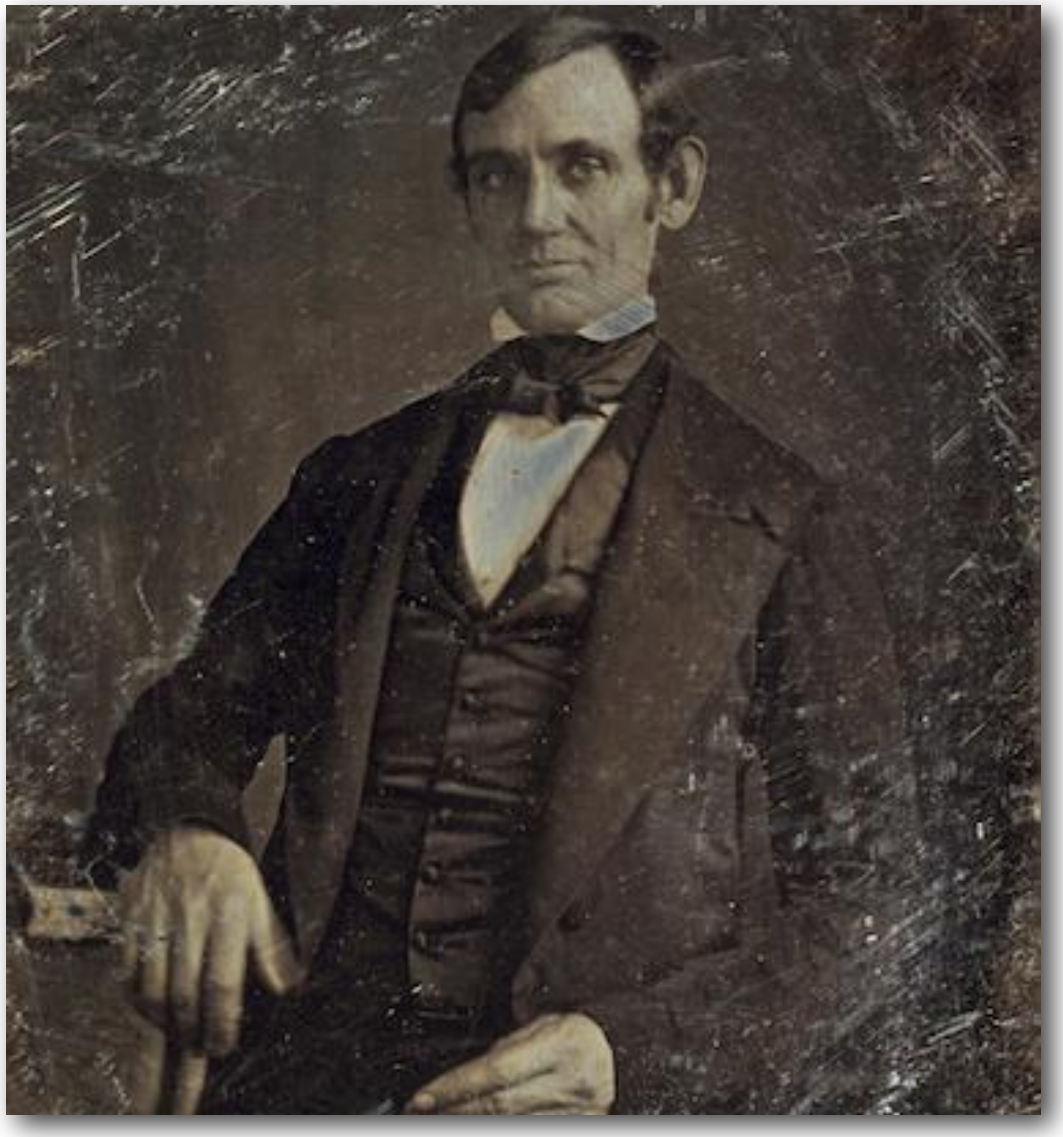
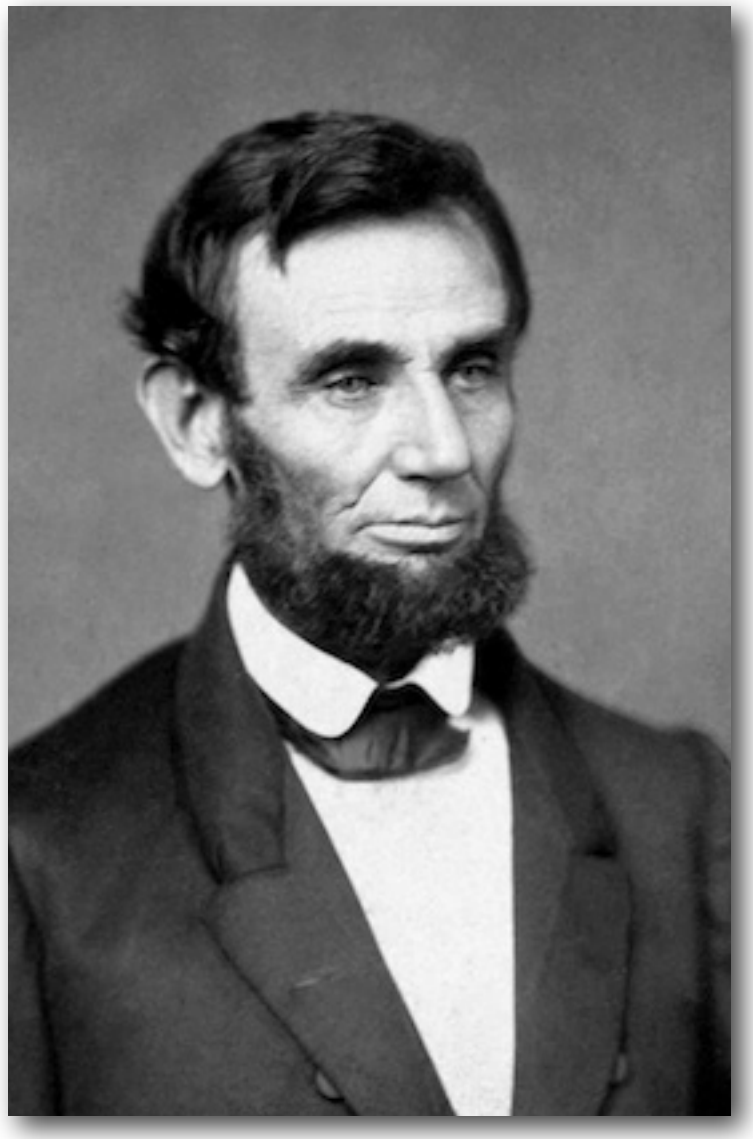


Imagen del presidente Abraham Lincoln, retocada por Jordan Lloyd y Mads Madsen





Sobre estas líneas, el futuro presidente en la Cámara de Representantes; derecha, Lincoln presidente

En él se decía más o menos: "Pero también es cierto que no existe un precedente para que vosotros mismos estéis aquí, ;) y os puedo ofrecer, que no he encontrado nada en la Constitución en su contra". Este sorprendente descubrimiento se publicó en 2009 mientras realizaba su trabajo uno de los documentalistas del periódico. ¿Lo usó el presidente adrede? ¿Fue una broma del cajista que montaba el discurso en la imprenta? ¿Un simple error?

Más que dos puntos y el paréntesis, se trata de un punto y coma con paréntesis, que la máquina de linotipia no pudo introducir de manera accidental. Así que los misterios del pasado nos incitan a quedarnos con la explicación más literaria, que debe ser la más alejada de la real, pero es la más sugerente. El presidente, en plena guerra de Secesión, apostilló en su discurso una risa para hacerla extensiva a la audiencia. Menudo presidente.

Se acepta en la actualidad que la primera vez que se utilizó un emoticono de verdad en un texto fue el 19 de septiembre de 1982, en concreto, en un correo electrónico enviado a las 11:44 de la mañana desde la Universidad Carnegie Mellon, en Pittsburgh, Pensilvania, por el profesor Scott Fahlman, que explicó previamente a sus alumnos cómo quería utilizar una clase especial de símbolos para distinguir entre el sarcasmo, la ironía y los comentarios más graves en las comunicaciones de carácter digital.

CAPÍTULO 9

CSS Alabama, Corsario Confederado

El domingo 19 de junio de 1864 era hundido en aguas francesas, cerca del puerto de Cherburgo, la corbeta *CSS Alabama* por el *USS Kearsarge*, un enfrentamiento entre dos armadas, la Confederada y la de la Unión, al otro lado del Atlántico.

¿No fue la guerra de Secesión una contienda civil? Fue algo más, sin duda. Esta es la historia de un buque corsario que hundió sesenta y cuatro barcos y dañó la economía del Norte con unas perdidas de más de ciento veinticinco millones de dólares actuales. Al secesionarse de Estados Unidos, el Sur no tenía en su territorio ni un solo astillero capaz de diseñar y construir una Armada con garantías. La Unión abandonó, después de su destrucción, el puerto de Gosport, en Virginia, donde reparaban bu-

Visión artística de Xanthus Smith sobre la batalla naval de Cherburgo

ques y se adiestraba a las futuras tripulaciones, así que la nueva escuadra se las apañó reconvirtiendo buques o adaptando lo poco con lo que contaba después del disparo en Fuerte Sumter.

¿Por qué no construirlos y botarlos en otros países neutrales? Esa fue una pregunta lanzada en el gabinete del primer y único presidente de los Estados Confederados de América, Jefferson Davis. El problema que se planteaba era cómo hacer las gestiones y obtener dinero necesario para costear tan importante empresa. Así que no les quedó otra que en confiar en una red de espías —también llamados agentes— y en el bolsillo de los capitalistas sureños, que habían amasado grandes fortunas con el comercio del algodón y que vivían prácticamente todo el año en Londres.

Así que el *CSS Alabama* fue construido en secreto durante 1862, segundo año de guerra, en los astilleros británicos —primera potencia marítima del mundo, no lo olvidemos— John Laird Sons, en sus instalaciones de Birkenhead, en Cheshire. El encargado de realizar el pedido en nombre del gobierno de Davis fue el agente James Dunwoody Bulloch, que no sólo se encargó de este proyecto.

Más que un buque de línea actuó como corsario, cuya misión consistía en entorpecer en lo posible el comercio de la Unión con Europa, prácticamente libre a pesar de estar en guerra con el Sur, pues la Confederación era la que sufría un terrible bloqueo desde el inicio de la guerra

Inicialmente conocido como casco número 290, el buque fue botado como *Enrica*, el 15 de mayo de 1862, y en secreto zarpó desde Liverpool. Los intentos de sabotearlo por parte de agentes de la Unión resultaron infructuosos, así que llegó a la isla de Terceira, en las Azores, donde se completó su tripulación (154 hombres entre oficiales y marinería) en apenas tres días, y se le entregó la bandera de combate, las siete estrellas blancas de cinco puntas sobre fondo azul.

Más que un buque de línea actuó como corsario, cuya misión principal consistía en entorpecer en lo posible el comercio de la Unión con Europa, prácticamente libre a pesar de estar en guerra con el Sur, pues la Confederación era la que sufría un terrible bloqueo desde los primeros días de la guerra, y en especial a partir de 1862 con la caída de Nueva Orleáns. El *Plan Anaconda* del viejo general Winfield Scott, ideado en los inicios de la contienda, comenzaba a dar sus frutos año y medio después.

¿Cómo era el *CSS* (en rigor, Confederate State Ship) *Alabama*? Desplazaba algo más de mil toneladas, con una eslora de 67 metros y una

Combate entre el *USS Kearsarge* y el *CSS Alabama*, lienzo de Édouard Manet

manga de seis. Era una corbeta de tres palos, pues enarbolaba velas, pero contaba con un motor de vapor capaz de alcanzar los trece nudos, unos veinticinco kilómetros por hora. Pero lo más destacado eran sus cañones, seis de treinta y dos libras, uno de ciento diez libras y otro de sesenta y ocho, un arma formidable para hundir indefensos buques mercantes.

Entonces comenzó su derrota de destrucción. Primero en aguas cercanas a las Azores, luego al norte, cerca de las costas de Nueva Inglaterra y más tarde al sur, al golfo de México. Su primer enfrentamiento fue el encuentro con el *USS Hatteras*, al que hundió cerca de Galveston (Texas). Huyó rápidamente y puso proa a las costas de Brasil, traspasando la línea ecuatorial. Hizo su primera escala en el puerto de Saldanha Bay (Sudáfrica) a finales de julio de 1863 y pocos días después en Ciudad del Cabo.

Decidió a continuación internarse en el Índico, donde encontró pocas presas y en el estrecho de Malaca marcó nuevo rumbo a Francia para realizar unas reparaciones. El *CSS Alabama* jamás atracó en un puerto confederado: de los seiscientos cincuenta y siete días de vida, estuvo en el mar quinientos treinta y cuatro; atacó más de cuatrocientas embarcaciones, hundió sesenta y cinco, y tomó más de dos mil prisioneros. Y en este punto hay que reseñar que no se cuenta ni una sola víctima civil, pues las tripulaciones eran evacuadas a puertos neutrales o a otros buques antes de proceder a su hundimiento.

El 11 de junio de 1864, cuando la guerra entraba en una fase agónica para la causa confederada, entró el *CSS Alabama* en el puerto francés de Cherburgo para realizar unas reparaciones. Pero la Unión le perseguía los talones. Tres días después se apostaba muy cerca del puerto el *USS Kearsarge*, bajo el mando del capitán John Ancrum Winslow (1811-1873), que unos días antes había telegrafiado al puerto de Gibraltar para que se aproximara a marchas forzadas el *USS San Luis* para realizar tareas de apoyo y avituallamiento. El cerco se había completado después de más de dos años de persecución.

Ante la perspectiva de permanecer inactivo mientras esperaba las reparaciones necesarias o internarse en un puerto neutral, el comandante del *CSS Alabama* Raphael Semmes (1809-1877), decidió luchar y escapar lo más lejos posible. Y lo hizo de forma caballeresca, pues envió una nota al comandante del *USS Kearsarge*: “Mi intención es luchar contra usted tan pronto como puedo hacer los arreglos necesarios. Espero que éstos no me van a detener más allá de mañana por la mañana o pasado mañana. Le ruego que no se apartará hasta que esté listo para salir. Tengo el honor de ser su siervo obediente, R. Semmes, capitán”.

El combate duró poco más de una hora, el corsario confederado quedó destrozado por los cañones del buque unionista. Los dos barcos dieron siete vueltas en redondo en un constante fuego artillero, donde el *Alabama* escupió cerca de cuatrocientos disparos, mientras que su rival disparó menos, pero de forma más certera.

La lucha, feroz y angustiosa, tuvo hasta público, pues al cercano puerto de Cherburgo acudieron muchos curiosos con sus prismáticos, entre ellos, el pintor Édouard Manet, que dejó constancia de tan histórico día con un cuadro,

A la izquierda, el buque corsario; Raphael Semmes, sobre estas líneas, capitán del *CSS Alabama*

en el que se pueden ver incluso los buques auxiliares que acudieron al posible rescate de las víctimas.

Con el timón perdido, el *CSS Alabama* se hundió, cuando el agua comenzó a anegar la sala de máquinas. Semmes arrojó su sable al mar, lo que arruinó al comandante del *USS Kearsarge* la ceremonia de entrega del buque como vencedor. Cuarentaiún marineros confederados, entre ellos su capitán, fueron rescatados por el yate británico Deerhound ante la impotencia de sus enemigos.

Los restos del *Alabama* fueron encontrados en noviembre de 1984 a sesenta metros de profundidad. Irónicamente, su comandante dejó por escrito una década antes de la batalla, cuando pertenecía a la Armada de la Unión: “Los buques corsarios son poco más que piratas con licencia, y le corresponde a todas las naciones civilizadas para suprimir esta práctica por completo”.

CAPÍTULO 10

Una Carta Para La Señora McCrady

Durante la guerra de Secesión también se enviaron cartas, los campamentos militares no fueros ajenos al reparto del tan ansiado correo. La nueva nación, los Estados Confederados de América, contaron con un servicio postal propio desde el primer disparo en Fuerte Sumter en 1861. Una carta de aquella época protagoniza esta capítulo.

Una calurosa mañana de finales de julio de 1862, el reverendo J. J. Roberts recibió en su parroquia de Stateburg, Carolina del Sur, una carta con destino a la señora de Edward McCrady. Son los lejanos tiempos de la Guerra Civil en los Estados Unidos. Más de un año de combates separan familias y, en este caso, matrimonios. Y la correspondencia postal se escindió también en dos bandos, el unionista y el confederado. Dos sistemas postales enfrentados en una guerra por asegurar las comunicaciones.

Cubierta del franqueo enviado en julio de 1862 en plena guerra de Secesión

Efigie del presidente confederado Jefferson Davis en el sello azul ultramar de cinco centavos

El bando que se llevó la peor parte fue el de la nueva nación, pues contaba con peores infraestructuras: red ferroviaria insuficiente, bloqueo portuario y la situación del principal frente de combate, justo con la Unión, su mejor cliente. Pero la mayor carestía se hallaba en la imposibilidad de reponer las materias primas como el papel o la tinta en el caso concreto del correo postal.

Desconocemos el interior de la carta que ven en la imagen que sirve de introducción del capítulo, pero en la historia postal ocurre como en las investigaciones policiales, con unas pocas pistas podemos reconstruir una historia, una de tantas en el conflicto bélico que hizo peligrar la integridad política de Estados Unidos en el XIX.

Viaje en el tiempo. Estamos en el Viejo Sur, el de las grandes plantaciones de algodón. En Stateburg está la iglesia de la Santa Cruz, donde el párroco mantiene la vida social. Allí pone en contacto a las familias y reparte la correspondencia, que escasa y que llega con mucho retraso desde los diferentes frentes de combate. La carta de esta historia debía contener noticias relacionadas con la guerra y el movimiento de las tropas, y, sobre todo, las palabras tranquilizadoras en las que uno comenta que "está todavía vivo".

Lleva como franqueo una pareja de cinco centavos azul ultramar con la efigie de Jefferson Davis, el primer y único presidente de la Confederación, vamos, los rebeldes de las pelis. Su matasellos procede de Chester, con fecha del sábado 19 de julio de 1862.

El señor McCrady está movilizado con su regimiento, el 1º de Infantería de Carolina del Sur, que combatió en todos los frentes, desde Fuerte Sumter a Five Forks. McCrady se distinguió en combate, pues fue ascendido de mayor a teniente coronel —dos estrellas de cinco puntas amarillas en el cuello—, pero fue herido en la segunda batalla del Bull Run, del 28 a 30 de agosto de 1862.

Sus heridas fueron serias, ya que es dado de baja un año después. Sin embargo, la Confederación tuvo que utilizar todos sus recursos, pues le puso al frente de la compañía K de la Guardia de Meagher en Charleston, e incluso algunas fuentes lo sitúan al frente de los voluntarios irlandeses en los últimos meses de la guerra.

Desde entonces el silencio. Las palabras de un atento esposo se han perdido para siempre, nos queda hoy el recuerdo de una pieza de historia postal. El sello de la carta —5 centavos azul (CSA nº 6)—, refleja una tipografía diseñada por Jean Ferdinand de la Ferté sobre el rostro de Jefferson Davis. Poco se añadía al diseño de los sellos de correos de otros países como Francia o Gran Bretaña: sin dentar, la misma gama de colores y los cartuchos floreados en los que se muestra el rostro del jefe del Estado.

Se imprimieron doce millones de ejemplares en Londres, en la imprenta de De La Rue, pero tanto el papel como las planchas se enviaron posteriormente a Richmond. Las muy estudiadas y buscadas emisiones postales de la Confederación son ya otra historia.

Desconocemos si llegaron más cartas, si cayó en combate o si fue hecho prisionero, si regresó al hogar y le contó a sus nietos su experiencia en la guerra. La Historia calla.

CAPÍTULO 11

Quepi O Hardee

A la guerra se viene a morir, dijo un célebre oficial en los momentos más dramáticos del desembarco en Normandía. Una verdad rotunda, sin más excusas, pero la guerra, el acontecimiento que mejor define a la humanidad, en palabras de otro famoso oficial de infantería durante la guerra de Marruecos, es también, aunque no lo crean, un acto social.

Por eso hay que ir vestidos, de manera similar a los de tu bando (uniformados), pero radicalmente distintos a tu enemigo, por aquello del fuego amigo y de las mortales confusiones que puedan ocurrir. ¿Cabe entonces ir a la guerra de forma elegante? Un conocido aristócrata español sentenció: “Los alemanes son el único pueblo sobre la tierra que sólo sabe vestirse para ir a la guerra”. ¿Les sirve este principio?

Así que en los conflictos bélicos hay modas, tendencias y estilos marcados preferentemente por aquellos ejércitos triunfantes en los campos de

Quepi más habitual de los soldados de la Unión, azul oscuro con visera

batalla: los españoles en su momento, los casacas rojas británicos, los marines norteamericanos…

¿Cómo lo hicieron? Pues los modistos y sastres miraron a París, la cuna de la moda en su sentido más amplio. Pantalones y chaquetas abotonadas de dril, un capote de lana para el invierno, unas botas y la impedimenta clásica del mosquete, mochila, cantimplora y unas mudas. Así que lo más destacado era el tocado o sombrero con el que combatir.

Una vez más fue Francia, que aportó el quepi, quepis, quepí o kepi, que en esto de su nombre hay discusión, como en su propia etimología. Apareció en 1830 durante la ocupación de Argelia. Fue una alternativa al pesado e incómodo chacó. Dada su comodidad, su uso se extendió a las tropas de la metrópoli como gorro cuartelero. En 1852 fue introducido como tocado de campaña. Entonces, el resto de ejércitos europeos —incluido el de la Santa Sede— lo fueron adoptando.

Este primitivo modelo no tenía barboquejo, es decir, la cinta de piel que se pasa por debajo de la barbilla para sujetarlo. La guerra de Crimea (1853-1856) supuso el bautizo internacional del quepi, que pasó a formar parte del uniforme de varios ejércitos durante las décadas de 1860 y 1870. Su popularidad viene dada sin duda por su uso durante la guerra de Secesión. La primera versión de quepi confeccionado en lana y utilizado en el Ejército de Estados Unidos data de 1858. Oficialmente se le conocía como *forage cap*, pero pronto adoptó el apodo de *boomers cap*.

Pero, lógicamente, había diferencias, dos para ser exactos con sus homónimos europeos: la tapa estaba hundida, sin el fieltro endurecido, y la visera tenía forma cuadrada. El color predominante era el azul marino, el propio del Ejército Regular de Estados Unidos antes de la guerra, por eso, el mítico general confederado *Stonewall* Jackson, por ejemplo, se presentó en la encrucijada de Manassas con un quepi azul, el que usaba en el Instituto Militar de Virginia, donde impartía clases de Artillería, por cierto.

En la Unión no todo era azul. Por ejemplo, el 14º de Nueva York llevaba vivos en rojo en los laterales, el 12º de Nueva York los laterales en gris e incluso un ribete en color blanco y el 11º de Indiana completamente en rojo. Además, los tiradores de Hiram Berdan, un cuerpo de soldados de élite repartidos por regimientos de la Unión, lucían quepis de color verde esmeralda.

Con el desarrollo de la guerra, la Confederación adoptó el gris cadete y añadió un ribete de color para identificar el arma de servicio, a saber, azul para la Infantería, amarillo para la Caballería y rojo para la Artillería. En verdad, el Sur careció de casi todo, así que se vieron en los campos de batalla quepis azules, colores que no correspondían con el arma, viejos chacós, chambergos e incluso —sobre todo en el Teatro de Operaciones del Oeste— chamelos, tocados más próximos a los utilizados en las faenas agrícolas.

Incluso, algunas unidades tuvieron sus propios distintivos, tan diversos como sugerentes. Los cadetes zuavos de Winchester, Carolina del Sur, lucían un quepi enteramente rojo, la brigada de Caballería de Kentucky en amarillo y una unidad de fusileros de Alexandria, Virginia, en verde oscuro.

Unidades como la famosa *Brigada de hierro* lucían este tocado tan característico

Pero la guerra de Secesión, rica en uniformes, distintivos, sombreros y banderas, tal vez por lo espectacular de sus dimensiones geográficas y humanas, también se sirvió de otro modelo de sombrero, el *hardee*, que se implantó en el Ejército de la Unión a partir de 1858. También llamado Jeff Davis, era de fieltro, de color negro, con amplias alas, que se recogían a izquierda y derecha con un broche metálico, dependiendo del hombro sobre el que cargara el soldado su mosquete. Usado por ambos bandos, no tuvo mucho éxito, pues los infantes se quejaban de su peso, lo aparatoso que resultaba en pleno combate, así como del calor que guardaba en la cabeza durante las largas caminatas.

Fue un diseño del coronel William J. Hardee, de quien, sí, toma el nombre, a su paso por la academia de West Point poco antes de la guerra. Escribió además un manual de combate. Pero después del primer disparo a Fuerte Sumter, que supuso el inicio del conflicto, desertó a la Confederación, donde llegó a general.

Este curioso sombrero no abundó en los campos de batalla, pero una unidad de Infantería se llevó todos los honores: la *Brigada de hierro*. Se componía de los regimientos 2º, 6º y 7º de Wisconsin, del 19º de Indiana y del 24º de Míchigan. Se llenó de honores por su despliegue el primer día de batalla en Gettysburg, Pensilvania, a las órdenes del general John F. Reynolds y fueron llamados, con todos los honores, los “gorras negras”, pero eran fáciles de identificar en el campo de batalla.

Después de la guerra de Secesión, el último modelo de quepi de dotación fue diseñado en 1896, poco antes de la guerra con España por

Quepi con cogotera, recreación de Don Troiani

el conflicto de Cuba. Ya en las ordenanzas del uniforme de gala de 1902 se eliminó tan singular remate por la gorra de visera que vemos en la actualidad. Y del hardee nunca más se supo después de la rendición del general confederado Robert E. Lee en los juzgados de Appomattox, donde se firmó la rendición del Ejército del Norte de Virginia.

CAPÍTULO 12

Un Héroe De Gettysburg

Tercer verano de la guerra de Secesión estadounidense. Cuando clareó el día el 1 de julio de 1863 en un rincón apartado de Pensilvania, las avanzadillas de la caballería del general unionista John Buford se toparon de casualidad con las tropas confederadas. Lo que comenzó como una escaramuza entre las fuerzas de vanguardia de los dos bandos se convirtió en unas horas en el mayor enfrentamiento entre el Ejército del Norte de Virginia del general Robert E. Lee y el Ejército del Potomac y, de paso, en la batalla decisiva que inclinó la balanza del lado federal.

Buford bajó a sus hombres de las monturas y decidió frenar a los confederados en un pequeño pueblo de Pensilvania, tal vez el más célebre de toda la guerra, Gettysburg, pues en sus calles confluían once caminos que atravesaban enormes campos de cultivos, colinas y bosques, un punto estratégico que frenaría la segunda invasión del Norte planeada por Lee dos meses antes. Utilizando los fusiles Henry de repetición, los jinetes desmontados lograron frenar a duras penas a la infantería confederada, que caminaba a ciegas, como les ocurría a los federales, pues no sabían a ciencia cierta a qué cantidad de hombres se enfrentaban y

desconocían el tiempo que iban a tardar en llegar los refuerzos necesarios.

Los hombres más cercanos de la Unión eran los del general John Reynolds, un oficial competente que ya había demostrado su valía desde el inicio de la guerra. En esos días comandaba los Cuerpos I, III y XI del Ejército del Potomac, es decir, el ala izquierda de los federales. Buford envió un correo, pero la espera se hizo larga, pues tuvo que abandonar incluso Gettysburg ante el empuje del centro de Lee.

Al fin llegaron los hombres de Reynolds, los del I Cuerpo, famosos por sus gorras negras, es decir, por el abundante uso del hardee. Y entre ellos, los regimientos que componían la famosa *Brigada de hierro*, del general Solomon Meredith. Serían las diez y cuarto de la mañana —en este punto hay una ligera controversia— cuando el general Reynolds en persona estaba colocando desde su montura a los hombres del 2º de Wisconsin junto al 19º de Indiana. El día había amanecido soleado, pero el campo de batalla todavía estaba húmedo por la lluvia de la noche anterior. Los hombres se sentían seguros con un general en primera línea de combate, dando órdenes con el sable desenfundado.

"¡Adelante muchachos, por el amor de Dios, adelante!", aseguran los testigos que dijo Reynolds a sus soldados. En ese mismo instante, un tirador de primera confederado, según otras fuentes un francotirador que actuaba por libre, vio los galones de general de brigada y le disparó de forma certera...

"¡Adelante muchachos, por el amor de Dios, adelante!", aseguran los testigos que dijo Reynolds a sus soldados. En ese mismo instante, un tirador de primera confederado —según otras fuentes un francotirador que actuaba por libre— que todavía no se ha podido identificar, vio los galones de general de brigada y le disparó de forma certera escondido desde un bosque cercano, el de Herbst. Su muerte fue fulminante, cayó a plomo de la montura, debido un tiro en la parte superior del cuello. Sus hombres se arremolinaron en torno a su cuerpo en una estampa más propia de las guerras de la Antigüedad.

Algunos autores aseguran que Reynolds cayó por el fuego amigo y otros, con el documento de una carta enviada por un soldado confederado a su familia, que el disparo provenía del 7º de Tennessee. La misma controversia surge con el lugar de su muerte, que algunos sitúan en McPherson Rigde y otros más al este de ese punto.

Reynolds había nacido en Lancaster (Pensilvania), el 20 de septiembre de 1820. Era uno de los nueve hijos que sobrevivieron del matrimonio de John Reynolds con Lydia Moore. Dos de sus hermanos fueron Ja-

Fotografía de John F. Reynolds luciendo los galones de general de brigada

mes Reynolds, que llegó a ser intendente general de Pensilvania, y otro, el contralmirante William Reynolds. Estudió John en Lititz, a unos diez kilómetros desde su casa natal en Lancaster. Luego asistió a una escuela en Long Green, en Maryland, y finalmente a la Academia Militar del condado de Lancaster.

Recomendado por el senador James Buchanan cursó estudios en West Point, donde ocupó el puesto veintiséis de cincuenta de la promoción de 1841. Entonces inició un periplo por diferentes fuertes del país, como le ocurrió a casi todos los compañeros de promoción, hasta la guerra con México. Ya capitán, destacó en varias acciones de ese conflicto como en las batallas de Monterrey o de Buena Vista, y fue en aquella guerra donde trabó amistad con oficiales como Winfield S. Hancock y Lewis A. Armistead.

La noticia de su muerte, corrió como la pólvora, nunca mejor dicho, por las filas federales. Produjo una profunda consternación entre los soldados. Se da el caso de ser un general amado y respetado ya por sus contemporáneos...

La noticia de su muerte —corrió como la pólvora, nunca mejor dicho, por las filas federales— produjo una profunda consternación entre los soldados. Se da el caso de ser un general amado y respetado ya por sus contemporáneos. Historiadores como Shelby Foote o Noah Andre Trudeau resaltan hoy la valía del oficial, al que consideran sin ambages el mejor general del ejército y el único con la visión necesaria para conducir con garantías la batalla de Gettysburg.

Sin embargo, su caída heroica en el campo de batalla, al menos durante ese día, donde murieron 25.000 federales y 18.000 confederados, no tuvo ningún efecto positivo en el bando de la Unión, pues se vieron obligados a retirarse desde el ala derecha, por el centro y por el ala izquierda, donde se encontraron con las tropas recién llegadas de un viejo amigo suyo, el general Winfield S. Hancock, pues fuerzas confederadas más numerosas ejercieron una presión desmedida a lo largo de todo el frente, desde Cemetery Hill hasta las colinas de Little Round Top y Round Top.

El cuerpo del general Reynolds fue llevado primero a la pequeña localidad de Taneytown, ya en Maryland, famoso topónimo de la guerra de Secesión, por ser el primer punto donde se concentraron las fuerzas de la Unión con las fuerzas confederadas antes de llegar a Gettysburg. Ya el día 4 de julio —día de la Independencia de los Estados Unidos—, cuando se había entregado el último fuerte sudista en el Misisipí, llegó el féretro a su ciudad de nacimiento, Lancaster.

Ilustración que muestra la muerte del general en el primer día de batalla, en el bosque de Herbst

Cuando murió Reynolds —ya había cumplido cuarenta y dos años— seguía soltero, debido a las diferencias religiosas entre él (protestante) y su prometida (católica) y la fuerte oposición de sus familias que ese detalle producía. Antes de comenzar la guerra se prometió con la señorita Kate Hewitt, pero acordaron que si él no regresaba, ella ingresaría en un convento. En cuanto se enteró de la trágica noticia marchó Kate a Emmitsburg, Maryland, para ingresar en la congregación de las Hijas de la Caridad.

Si quieren ver a Reynolds de carne y hueso, vean *Gettysburg*, el impresionante filme de Ronald F. Maxwell, donde el actor John Rothman lo encarna a la perfección y, por cierto, aparece el francotirador, tal y como lo ilustra Don Troiani constantemente en sus lienzos. Y, si lo prefieren en bronce y sobre un pedestal, deben viajar a Gettysburg para ver dos de sus estatuas o al ayuntamiento de Filadelfia, donde recibe a los miles de visitantes sobre su montura preferida y con los brazos abiertos.

CAPÍTULO 13

40 Razones Para Ver Cold Mountain

No se me apuren, nos le voy a convencer de ver las Brokeback Mountain, sino las Cold Mountain. ¿Qué les parece un viaje a la guerra de Secesión? Si me lo piden, el único motivo para ver esta película es el retrato veraz y duro de la Guerra Civil estadounidense, pero como buen filme ambientado en la guerra ofrece otros muchos alicientes. Veamos, sin un orden jerárquico ni cronológico, las cuarenta razones para su nuevo visionado.

1 No se pierdan dos canciones que se interpretan en la misma cinta: *Wayfaring stranger* y *I wish my baby was born*. Hablan de la nostalgia del hogar, de la soledad y de los momentos felices que se han perdido para siempre.

2 La *Batalla del cráter*, así se denominó la genial idea que tuvo el general Ambrose E. Burnside para acabar con el asedio de la ciudad de Pe-

Una imagen de la conocida como *Batalla del cráter* al inicio del filme

tersburg, Virginia, el 30 de julio de 1864. Se cavó un túnel bajo las defensas sudistas y se llenó de explosivos. Cuando estalló atacó la infantería, que quedó atrapada en el propio cráter de la explosión.

3 Después de la batalla los soldados confederados —casi siempre carentes de casi todo— expolian las botas y los cinturones de los soldados de la Unión. Ya antes de la batalla, un joven voluntario recorre las trincheras de los sudistas repartiendo las botas y uniformes de los caídos de su propio bando.

4 Ada Monroe es tajante casi al final del filme: “Lo que hemos perdido no se devuelve nunca”. Su delicada voz en off se expresa a lo largo de toda la película como la narradora de una novela romántica decimonónica.

5 Célebres son las cartas escritas durante la guerra de Secesión por ambos bandos. En la Confederación recibir cartas era toda una odisea. Ada escriba sin parar a Inman, pero tan sólo le llega una misiva cuando la guerra está en sus últimos y sangrientos episodios.

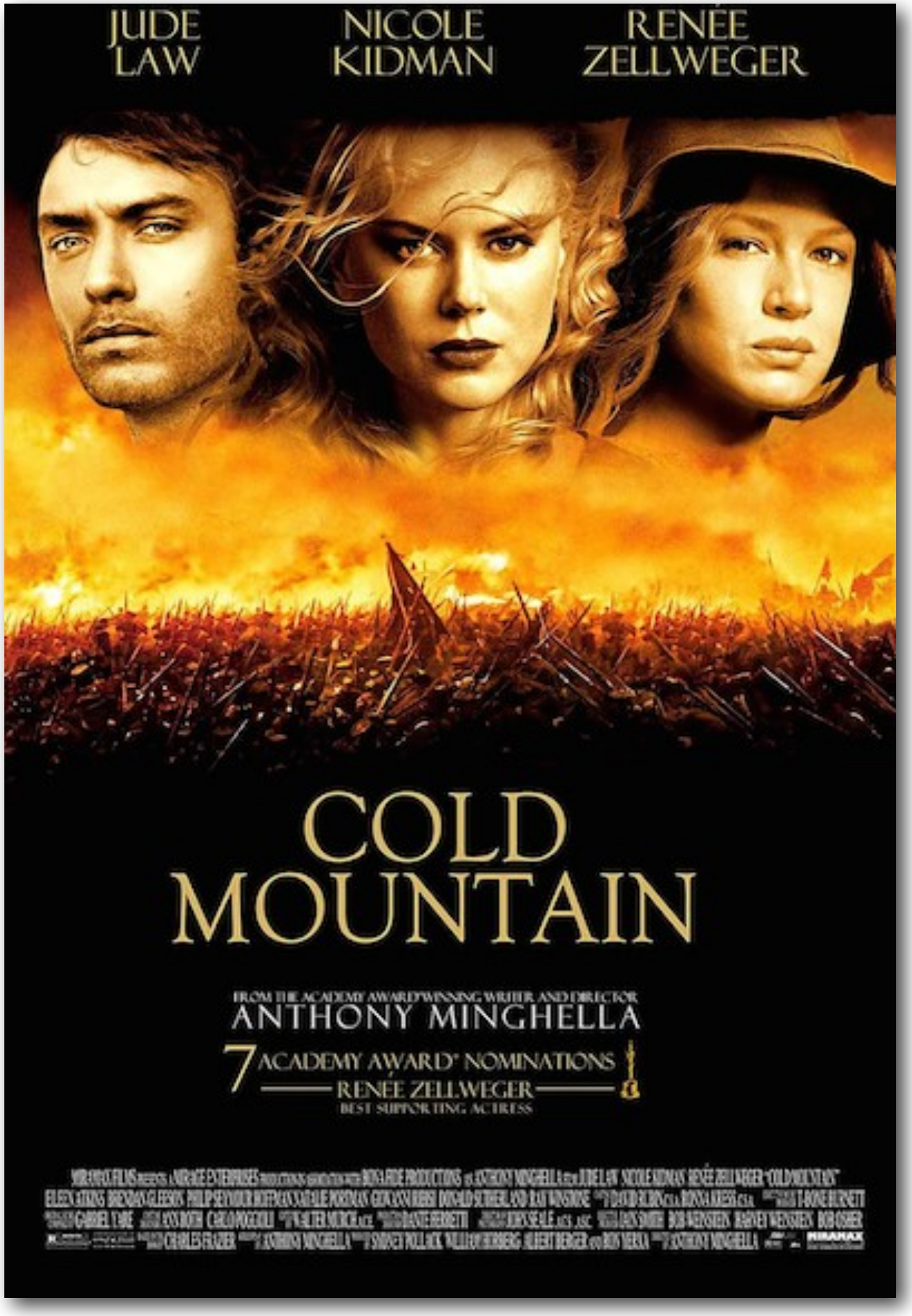
6 Una película sin magia es como un debate político sin Francisco Marhuenda. ¿Qué me dicen del pozo propiedad de los vecinos de Ada que, tumbados boca arriba y armados con un espejo en la mano, nos deja ver imágenes de nuestro futuro?

7 Un buen filme sobre la guerra de Secesión no puede obviar el simbolismo de las banderas. La del bando confederado está casi siempre ajada y sucia, la de la Unión se nos aparece ondeante al viento, salvo en la batalla del cráter, donde un plano enfoca a las barras y estrellas llenas de sangre y barro.

8 Existe a lo largo de filme una constante referencia a la música, desde la que interpreta Ada con su piano a la del padre de Ruby, sobre un violín castigado por tantos años de guerra y borracheras. Sin duda, es un tributo a las grandes producciones del Hollywood más clásico.

9 Sigamos con la música. Ada observa a Inman cómo trabaja los campos. Se vuelve y toca desde el carromato el piano que esperaba. La banda sonora se muestra en la misma cinta, es lo que se llama música incidental. Y no ocurre tan sólo en esa secuencia.

10 Cuando a Cold Mountain llega la noticia de la guerra entre el Norte y el Sur, se forma una milicia que marcha al frente. Existe una fotografía de autor desconocido tomada el 4 de mayo de 1861 en Washington, Arkansas. Los hombres de la compañía posan con sus músicos y sus banderas. ¿Se basaría el diseño de producción en esa imagen de la compañía B de los Rifles de Hempstead?



Cartel de la película *Cold Mountain*, dirigida en 2003 por Anthony Minghella

11 La explosión del cráter le arranca literalmente la ropa a uno de los soldados confederados que defendían la ciudad de Petersburg. Además de sus prendas, su piel se quema por culpa de la deflagración.

12 ¿Quieren cantar una plegaria a Dios en una iglesia episcopaliana? Pues pónganse cómodos en el templo recién inaugurado en Cold Mountain, donde el padre de Ada suelta sus sermones. La canción es pegadiza, con la mano derecha extendida y al compás. Déjense llevar.

13 Súbanse al macilento ferrocarril que se lleva al herido protagonista a un hospital. Es la única vía férrea que controlaba la Confederación en abril de 1864, pues el asedio de Petersburg no fue total, los sureños siempre contaron con una vía de escape. Cuando se perdió, Lee entregó sus armas en Appomattox.

14 Philip Seymour Hoffman interpreta a la perfección al reverendo casquivano Veasey —otro personaje habitual en las películas norteamericanas— que intenta asesinar a una esclava que ha dejado embarazada. Inman lo descubre en pleno acto y se convierte durante buena parte del metraje en un compañero incómodo.

15 Inman, en su largo peregrinaje por paisajes desolados y amenazantes, da de bruces con una mujer que vive sola con un hijo. Su marido murió en la guerra y su casa, su destino más bien, se le viene encima. Memorable es la secuencia en la que, sin apenas diálogo, ella busca el calor y la protección del marido ausente.

16 ¿Qué me dicen de la fotografía? Inman, contrariado por un comentario de Ada, decide hacerse un calotipo. Ada, el mismo día en el que marchan los soldados, le regala un retrato en el que no sonríe. Un arte incipiente que fija en la memoria a los protagonistas de la historia.

17 Georgia, uno de los músicos desertores, fue interpretado por Jack White, un conocido cantante de fama mundial (¿no me digas que no has escuchado nunca a T*he White Stripes*?). Aunque rockero, se marca un par de números de música folk y lo hace con bastante soltura.

Súbanse al macilento ferrocarril que se lleva al herido protagonista a un hospital. Es la única vía férrea que controlaba la Confederación en abril de 1864, pues el asedio de Petersburg no fue total, los sureños siempre contaron con una vía de escape...

18 Inman es apresado como desertor junto con el reverendo. Unos soldados van encadenados como en Ben-Hur, en espera de sus particulares galeras romanas. Cuando decide escaparse, el protagonista suelta: “Ya no quiero seguir luchando por una causa en la que ya no creo”. Sublime.

19 Existe en Cold Mountain un constante dualismo. ¿Qué les parece el enfrentamiento entre intelecto y naturaleza? ¿Qué es más gratificante, ordeñar una vaca o tocar el piano? Apurada dualidad con el telón de fondo de una guerra civil.

20 Cold Mountain se inicia con las imágenes más duras de una guerra que se hayan podido filmar. Sangre, gritos, disparos, puñaladas, explosiones… en definitiva el horror de una de las batallas más sangrientas de la contienda.

21 ¿Qué les parece la vieja solitaria que cuida de Inman en lo más profundo del bosque? Vive con las cabras, le ofrece láudano, le cura las heridas con hierbas. Más que una bruja solitaria es la sibila de las montañas. ¿Se trata de un simple sacrificio no es un augurio el cabretillo que mata?

22 Cold Mountain habla de una guerra antigua, la de siempre, como dice hábilmente la madame que esconde a los protagonistas de *Dos hombres y un destino*.

23 En las noches de frío y soledad Ada lee a Ruby un fragmento de *Cumbres borrascosas*. Ruby se va transformado poco a poco en Ada y Ada en Ruby, por aquello del pragmatismo y la voluntad inquebrantable. El horror de la guerra hace que personas muy diferentes se unan frente a la adversidad.

24 Se da la curiosidad de que muchos de los soldados que asaltaron las defensas de Petersburg eran negros, la denominada United State Colored Troops. Luchó una división completa, compuesta de dos brigadas. Sin embargo, en la película hay que estar muy atentos para ver algún soldado negro.

25 En un maizal se esconden un grupo de esclavos fugitivos que el protagonista descubre poco después de desertar. Es una familia al completo que se fuga con lo puesto y una cesta de huevos. Huyen de su mirada, pero se atisba la humareda de los disparos y los gritos. Los han descubierto. Desconocemos si son soldados del Norte o del Sur o un grupo de esclavistas. A la orilla del camino aparecen los mismos huevos, pero rotos, metáfora de sus muertes.

26 No se pierdan la carga de las tropas de la Unión cuando se despeja la nube de polvo y humo producida por la explosión bajo las defensas confederadas. Bien pertrechados, con la bayoneta calada y la seguridad de haber hecho daño a las defensas, gritan oficiales y tropa.

27 ¿Cuántas muertes hay a lo largo de todo el metraje? Las hay justas, injustas, necesarias, trágicas, absurdas, inevitables… hasta la del protagonista, predicha en el fondo del pozo no es más que un resorte más de la vida que se afirma con su descendiente, la pequeña Grace Inman.

28 Por los efectos del láudano Inman confiesa que las Cold Mountain son ella, Ada, pues el lugar es solo un nombre, que antes ya los cherokee llamaban de otra forma. “Al final es ella mi destino”, comenta.

Jude Law, a la izquierda, interpreta al soldado sudista Inman.Nicole Kidman, sobre estas líneas, da vida a Ada

29 La Unión sumó más de quinientos muertos en la batalla del cráter, con unos mil ochocientos heridos. La Confederación no perdió la batalla, pero la sangría entre sus filas difícilmente se podía reponer. Contaron cerca de cuatrocientos caídos y unos setecientos heridos.

30 El cráter donde quedaron atrapados como conejos los soldados unionistas es todavía hoy visible. Tiene más de cincuenta metros de diámetro y unos nueve de profundidad, y pertenece a la red estatal de parques sobre la guerra de Secesión, suelo sagrado para los norteamericanos.

31 La desastrosa planificación de la batalla supuso continuar con el cerco de Petersburg durante ocho meses más. El general Ambrose E. Burnside no volvió a dirigir más tropas durante la guerra.

32 En la puerta del hospital Poplar Lawn donde se repone Inman, un viejo ciego vende cacahuetes tostados. Mantienen una charla y en un momento le coge de la mano y le avisa que tenga cuidado si decide desertar. Más que un invidente es el mismísimo Tiresias. ¿Una referencia más a la mitología griega?

33 Las imágenes premonitorias del pozo de los vecinos de Ada, donde se ve a Inman caminar por un desfiladero precedido de una bandada de cuervos, no es más que un homenaje a las primeras del cinematógrafo.

34 Ruby, interpretado a la perfección por Renée Zellweger (antes de la operación de estética), es uno de los personajes fundamentales del filme. Representa la vida campestre, la rusticidad frente a la civilización, pero de buen corazón y agudos sentimientos.

35 No parece que estemos en el Sur revisitando este filme, el viejo Sur de Estados Unidos del siglo XIX. Algunos paisajes de Carolina del Norte son así, los más cercanos a las Montañas Azules, célebre cordillera que sirvió en muchas ocasiones como línea del frente entre unionistas y confederados.

36 ¿Cómo es posible que Anthony Minghella muestre una sensibilidad extrema en un filme ambientado en la guerra de Secesión donde el diseño de producción es un pilar fundamental? El director, que murió en 2008 y nos dejó obras como *El paciente inglés*, era británico, todo un reto.

37 ¿Qué me dicen del hospital donde convalece Inman? Hay moscas que se posan en las heridas y médicos que no dan un duro a sus pacientes. Allí, sobre una cama agoniza el protagonista del filme. Una carta de Ada leída por una novata enfermera le hace recapacitar y tomar la dura decisión de desertar y encontrarse con ella en Cold Mountain. Comienza el camino de vuelta. ¿Otra referencia clásica?

38 Uno de los soldados que acompaña a Inman desde el principio es un indio, de nombre Swimmer, que cae precisamente en una escaramuza en las defensas exteriores de Petersburg. Se sabe que combatieron indios en cada bando. El más famoso fue Sam Watie, que logró formar una compañía de infantería en el estado de Georgia.

39 Las Cold Mountain son también Tara, Los Doce Robles o, si me lo permiten, Macondo. Más que un lugar físico es una aspiración para aquellos que luchan en una guerra lejana y sin sentido, el cálido hogar al que vuelve el soldado Martin Guerre o, ya puestos, James Sommersby.

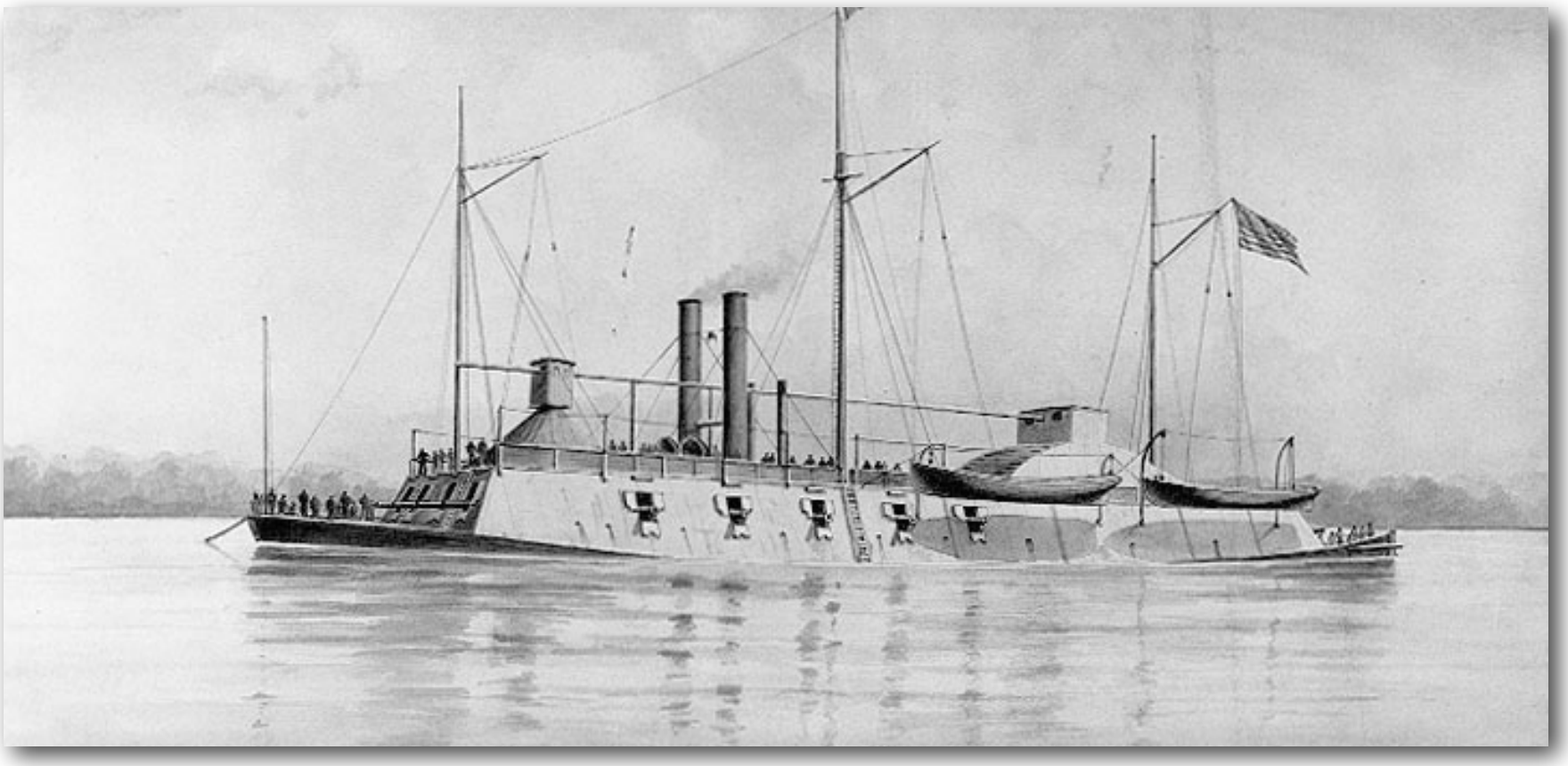
40 *Cold Mountain* no es más que un peregrinaje, el del ser humano, tan antiguo como el mismo mundo. Ulises vuelve a casa donde le espera pacientemente Penélope, como Leopold Bloom y Nolly o, como en nuestro caso, Inman en busca de Ada. La guerra, la muerte, el amor, la razón frente a la fe o la civilización frente a la barbarie son meros adornos del decorado.

CAPÍTULO 14

La Guerra En ElOeste En Mil Palabras

¿Cómo contar en mil palabras la guerra de Secesión en el frente del Oeste? Ahí va el reto. Poco antes del histórico disparo en Fuerte Sumter se constituyeron los Estados Confederados de América. Su frontera septentrional era incierta, sin embargo, al este limitaba con el océano Atlántico y al sur tenía frontera con México y el golfo del mismo nombre. El gobierno confederado reclamaba cerca dos millones de kilómetros cuadrados y una población de casi diez, de los cuales más de tres eran esclavos, según el censo de 1860.

Sus dirigentes estaban convencidos de protagonizar una segunda revolución, de vivir en el lugar de América en el que todavía era posible dar un paso más allá. Diseñaron su nueva bandera y colocaron en su escudo al mismo padre que también tenían sus vecinos del Norte, George Washington, con el lema *Deo vindice*, es decir, “Con dios, nuestro vindicador”. Esa frontera incierta del Oeste devino en un quebradero de cabeza para los estrategas de la Confederación y de la Unión, debido principalmente a la inexistencia de unos límites definidos, con el dominio británico del Canadá o con su vecino México en el sur.



Desde el inicio de la guerra la Unión controló los grandes cursos fluviales: barcazas de federales en el Misisipí

Y justo en el centro se extendían unas tierras pavorosamente inmensas donde pastoreaban manadas de bisontes y tribus de indios belicosos. ¿A quién pertenecía aquel territorio? ¿Al Sur, al Norte? Además, en la costa del Pacífico ya se había constituido el estado de California, que se mantuvo en una neutralidad precaria durante la guerra.

Con la ruptura de las hostilidades, la frontera del Oeste se convirtió en el denominado Teatro de Operaciones del Oeste, menor para los políticos y militares en ese momento, pero vital en el desarrollo del conflicto desde nuestra perspectiva histórica. Sin embargo, hubo una excepción: el veterano general Winfield Scott, comandante en jefe de la Unión hasta noviembre de 1861. Propuso el llamado Plan Anaconda, que no era otra cosa que ahogar la economía sureña estableciendo un bloqueo a las costas atlánticas de la joven nación, más el curso de los grandes ríos Tennessee y Misisipí, pues su control abriría la puerta a las ricas ciudades del Viejo Sur.

Tardó en ponerse en práctica, pues era crucial el control de los grandes ríos. La costa atlántica, sin embargo, sufrió un asfixiante cerco debido a la superioridad de la escuadra de la Unión. Pero, ¿quién era capaz de plantear una ofensiva en aquellos territorios tan alejados de las rutas de comunicación habituales al otro lado de los montes Apalaches?

Las campañas comenzaron pronto, pero no dejaron de ser escaramuzas, como las que afectaron a los estados fronterizos de Misuri y Kentucky, la primera barrera del Sur. Más tarde, durante el segun-

do año de la guerra, le tocó el turno a las cabeceras del Cumberland y del Tennessee, en un movimiento orquestado de norte a sur con más soldados y equipos.

El signo de la guerra cambió en el verano de 1863, cuando Robert E. Lee se tuvo que replegar en su segunda invasión del Norte, después de ser colapsado en la batalla decisiva de Gettysburg, y cayó la ciudad de Vicksburg

Empero, la acción más destacada y vital paras las aspiraciones federales sucedió en la desembocadura del Misisipí, con la toma de la ciudad de Nueva Orleáns sin necesidad de plantar batalla debido a la pericia de David Farragut. No es extraño que se convirtiera en el primer contraalmirante, el primer vicealmirante y el primer almirante de la Marina estadounidense.

La Confederación se quedó sin salida al mar, pero todavía controlaba el curso del gran padre —en palabras de Abraham Lincoln— desde la fortaleza de Vicksburg. Entonces, la maquinaria federal se puso en marcha. Se alistaron regimientos y se les instruyó en una campaña que iba a ser lenta y muy sangrienta. No es extraño que los generales más laureados de la Unión se forjaran en el Teatro de Operaciones del Oeste. Sus nombres serán conocidos por los lectores: Ulises S. Grant, William T. Sherman o George H. Thomas.

El signo de la guerra cambió en el verano de 1863, cuando Robert E. Lee se tuvo que replegar en su segunda invasión del Norte y cayó la ciudad de Vicksburg. Ahora sí, los estrategas de la Unión comprendieron la importancia estratégica del, si me lo permiten, frente ruso de la guerra de Secesión. Formidables ejércitos federales pertrechados, adiestrados y, lo más importante, en su mayoría experimentados soldados en los campos de batalla se abalanzaron contra las valerosas, pero insuficientes, fuerzas confederadas.

De esta forma, se sucedieron las terribles campañas de Tullhoma, Chickamauga y Chattanooga, entre junio y diciembre de 1863. Posteriormente la feroz ofensiva en Atlanta, la llamada puerta del Sur, entre mayo y septiembre de 1864. Lo mismo ocurrió en Nashville, y la no menos famosa marcha hacia el mar del general William T. Sherman, que dividió en dos a la Confederación y le dio su golpe de gracia en diciembre de 1864. Como remate, la ofensiva final de las Carolinas, ya en febrero y abril de 1865.

La realidad fue más prosaica en los campos de batalla, y por varios motivos. Nunca hubo una línea clara de frente, por lo que eran frecuen-

A la izquierda, ilustración que muestra el Plan Anaconda; sobre estas líneas, un momento de la batalla de Stone River

tes las razias —sobre todo de los jinetes de la Confederación en acciones guerrilleras— y los encuentros entre tropas regulares en la mayoría de las ocasiones eran fortuitos, y donde dictaba la geografía (véase la épica lucha en las Lookout Mountains durante la batalla de Chickamauga). Las líneas de aprovisionamiento en la retaguardia se alejaban peligrosamente del frente, por lo que había que subsistir de lo que daba la tierra (¿guerra total?).

Los oficiales se movían en muchas ocasiones a ciegas, pues los mapas no eran fiables, así que bajaban de sus monturas y preguntaban a los buenos ciudadanos por caminos, ríos, senderos o cerros que había que bordear. Otro fenómeno lo constituía la llamada sombra acústica, esto es, la imprecisión para localizar determinados sonidos en la línea de batalla, es decir, las cargas de artillería o fusilería amigas o enemigas, lo que desconcertaba a la oficialidad.

Y la normativa sobre uniformidad fue bastante laxa, por cierto. Oficiales como el general confederado John C. Breckinridge lucían camisa civil con sombrero de ala ancha, y se popularizaron así los chamelos entre la tropa unionista. Me quedo sin palabras.

CAPÍTULO 15

10 Razones Para Ver (Otra Vez) Lo Que El Viento Se Llevó

Comprenderán que no se trata de un artículo sobre cine o, mejor dicho, sobre una de sus obras más rotundas, sino un experimento, una apuesta por relacionar un acontecimiento histórico con su representación en el celuloide, que ya es tener ganas de liar más la madeja.

Lo que el viento se llevó (1939) es una historia de amor, una gran historia de amor, pero también, a su manera, refleja una época de transición y cambio, como fue la guerra de Secesión en Estados Unidos a mediados del siglo XIX. ¿Qué hay de ese enfrentamiento bélico en el filme firmado por el triunvirato Víctor Fleming, George Cukor y Sam Wood? Ahí van mis razones para volver a ver, o ver con otros ojos, esta obra de arte.

Cartel primitivo de la película, que posteriormente sufriría modificaciones

Primera: Por la fiesta en los Doce Robles, propiedad de la familia Wilkes. La buena sociedad de Georgia acude al anuncio del compromiso de su heredero, el joven Ashley (Leslie Howard), con Melanie Hamilton (Olivia de Havilland). La Secesión ya se ha producido, así que los caballeros, entre puro y puro, esperan el inicio de la guerra. "Guerra, guerra… todo el día hablando de guerra", comenta Scarlett O'Hara (Vivien Leigh). Justo en el momento en el que es rechazada por el joven Wilkes, se produce el primer disparo en fuerte Sumter, madrugada del 12 de abril de 1861. Mientras ella llora, los caballeros acuden prestos a alistarse. Memorable.

Por la bandera ajada de la Confederación que ondea a duras penas en la estación de Atlanta. El plano se abre y se observa poco a poco la cantidad de heridos sin ninguna clase de atención médica; de fondo suena el famoso Dixie...

Segunda: Por el baile que se celebra en Atlanta para recaudar fondos para la causa. En el escenario se cuelga un cuadro de Jefferson Davis, el primer y único presidente de los Estados Confederados de América. Allí acude la protagonista, pues su muy reciente marido ha caído en Bull Run, julio de 1861. Por el baile se ven unos cuantos uniformes, pero llama la atención el de un zuavo, tal vez de un Tigre de Luisiana. Las fuerzas de Robert E. Lee son imparables, por lo que barruntamos que se haría referencia a la batalla de Fredericksburg, diciembre de 1862.

Tercera: Por las palabras, de fino visionario, del señor Rhett Butler (Clark Gable). Hay un salto en el tiempo, de al menos año y medio. Rhett anuncia que el Viejo Sur se juega su futuro en una pequeña localidad de Pensilvania: Gettysburg, julio de 1863. A la estación de Atlanta llegan heridos de los combates y las listas de bajas. Allí suena *Dixie*, el himno de la Confederación, mientras ruedan lágrimas de familiares y amigos. Otro momento de cine en estado puro, sin usar ni una sola palabra.

Cuarta: Por la vida de Rhett Butler, que fue a la academia militar de West Point, como otros jóvenes acaudalados, pero fue expulsado por disoluto. Así que se gana la vida durante la guerra sorteando el bloqueo federal, es decir, el llamado Plan Anaconda del general Winfield Scott, que ahogó la economía sureña al segundo año de la guerra. El propio Butler, en casa de los Wilkes, sentenció: "No hay en el Sur ni una sola fábrica de cañones".

Quinta: Por la puesta en escena magistral de la destrucción que la *Marcha hacia el mar* del general William T. Sherman consumó en las Carolinas. La Confederación quedó dividida en dos, pero Tara, el hogar de

Scarlett, sí el de la tierra roja, queda en pie de puro milagro. En cambio, los campos de cultivo están desolados, los puentes rotos, los edificios destruidos… Ya no tienen ni esclavos, que fueron declarados libres tras la firma de Abraham Lincoln de la Proclamación de Emancipación, septiembre de 1862.

Sexta: Por el uniforme de Ashley Wilkes, un gris cadete con vivos en amarillo, color de la Caballería. Es de buen paño, incluso con un fajín que la señorita O'Hara le coloca cariñosamente. Este oficial sirvió en la Legión Cobb, nada menos que a las órdenes del general Wade Hampton, realizando temerosas incursiones tras las líneas yanquis. Por cierto, fue hecho prisionero tras la batalla de Spotsylvania Court House, mayo de 1864.

Séptima: Por el repliegue de los hombres del general John Bell Hood a las puertas de Atlanta en julio de 1864, pues de poco sirvieron las defensas planteadas en las afueras. La ciudad fue declarada libre, pero no pudo evitar los cañonazos federales. El pánico de los civiles queda reflejado con verismo, al igual que las cuadrillas de esclavos enviados al frente a cavar trincheras, caminando lentamente en dirección contraria a los enloquecidos vecinos.

Octava: Por la bandera ajada de la Confederación que ondea a duras penas en la estación de Atlanta. El plano se abre y se observa poco a poco la cantidad de heridos sin ninguna clase de atención médica. Suena *Dixie*, pero a un ritmo más lento, acompasado, mientras flamea una bandera de combate a la que le queda muy poco para que sea arriada para siempre.

Novena: Por las míticas palabras de Rhett Butler. Cuando llega el fin de la Confederación se alista y llega a combatir, aunque no sabemos dónde. Merece la pena reproducirlas: "No le pido que me perdone, yo mismo no me comprendo ni me perdonará nunca, y si una bala me alcanza, Dios no lo quiera, me reiré de mi propia estupidez. Sólo sé y comprendo una cosa, y es que te quiero Scarlett, pese a ti y a mí y a ese mundo que se desmorona a nuestro alrededor, te quiero". Y unos segundos más adelante: "He aquí un soldado del Sur que te quiere, que quiere sentir tus abrazos, que desea llevarse el recuerdo de tus besos al campo de batalla. Nada importa que tú no me quieras. Eres una mu-

"He aquí un soldado del Sur que te quiere, que quiere sentir tus abrazos, que desea llevarse el recuerdo de tus besos al campo de batalla. Nada importa que tú no me quieras. Eres una mujer que envía un soldado a la muerte con un bello recuerdo"...

Una de las escenas más famosas de la historia del cine, la estación de Atlanta

Mítico baile en la gala benéfica en la ciudad de Charleston, Carolina del Sur

jer que envía un soldado a la muerte con un bello recuerdo". De aplauso. Uno de los pasaje memorables de toda una historia sentimental del cine.

Y décima: Porque la guerra de Secesión es un viento que se lo lleva todo, un rumor continuo, pues no hay en la película imágenes de combates, ni cañonazos, ni gritos de soldados, ni cadáveres que se pudren en los campos de batalla… ni falta que hace. Tal vez sea el único filme de la historia del cine en el que un suceso no mostrado marque con tanta agudeza y tan decididamente la trama de la acción.

CAPÍTULO 16

Tubman: Lucha Y Dignidad

Hablemos sobre la guerra. Preparen adjetivos horrendos, cataclismos en forma de aforismos para definirla. Les dejo uno de Albert Camus: “Para la mayoría de los hombres la guerra es el fin de la soledad. Para mí es la soledad infinita”. Pero la guerra es también una aceleración de la historia, un suelo tambaleante, una vía de escape por la que se cuelan héroes y villanos.

O, como dijo un veterano de la División Azul que ocultaba sus ojos tras una gafas de sol, la guerra saca de nosotros lo peor y lo mejor (ojalá fuese esto último). Nos marchamos a la guerra de Secesión. ¿Les parece? Fue una guerra muy sangrienta y tremendamente larga. Dos formas de entender el futuro de Estados Unidos se enfrentaron y venció el Norte, es decir, el capitalismo industrial e integrador racialmente hablando (en teoría). El país cambió tanto que en pocas décadas se convirtió en una potencia mundial. Unas décadas antes de la guerra, en la de 1820, sin saber la fecha exacta, nació en Dorchester, Maryland, Harriet Tubman. Era negra y esclava, una ecuación muy simple en Estados Unidos a mediados del siglo XIX. Decidió Harriet huir junto con sus hermanos antes de que fuese vendida en 1849 usando

la denominada vía del *ferrocarril subterráneo*. Después de muchas penalidades llegó a Pensilvania, donde exclamó: “Cuando supe que había atravesado la frontera, miré mis manos para comprobar si seguía siendo la misma persona”. Lo era, pero libre.

Tubman entendió que la guerra sería el resorte que podría saltar el sistema esclavista del Sur. Desde los primeros meses prestó servicios de enfermera, pero conoció al general David Hunter, que liberó por su cuenta a esclavos que habían caído en manos de las tropas unionistas...

Es entonces cuando su conciencia comprometida le impide buscarse un trabajo y llevar una vida más o menos convencional en el Norte. Decidió volver a su tierra de origen para liberar a otros esclavos y, de paso, a miembros de su familia. Hasta 1897 no dio a conocer las familias que la habían ocultado, una de ellas fue la de Frederick Douglass, que le dio cobijo junto a once esclavos fugitivos. Su compromiso político no dejó de crecer. En 1858 conoció a John Brown, el famoso activista cuyo ataque a Harpers Ferry le costó la vida, pues fue juzgado y ahorcado.

Pero la guerra llegó en 1861. Tubman entendió que el conflicto sería el resorte que podría saltar el sistema esclavista del Sur. Desde los primeros meses prestó servicios de enfermera, pero conoció al general David Hunter. Este oficial liberó por su cuenta a esclavos que habían caído en manos de las tropas unionistas, lo que contravenía la legalidad vigente, pues los esclavos capturados eran considerados contrabando y pasaban a manos del Estado. De ahí que Tubman dijera en una ocasión: “Dios no permitirá que el señor Lincoln venza al Sur hasta que no haga lo correcto”. Pero Lincoln finalmente firmó la Proclamación de Emancipación en enero de 1863. Sintió así renovado su espíritu para vencer a la Confederación.

Se marcho a Port Royal, Carolina del Sur, donde operaba su amigo, el general Hunter. Pronto se encontró guiando a un grupo de exploradores a lo largo de la región, plagada de pantanos y ríos, muy similar a los paisajes en los que se crió en Maryland. Su grupo trabajó bajo las órdenes del secretario de Guerra Edwin M. Stanton, reconociendo el terreno y a sus habitantes. Posteriormente trabajaría con el coronel James Montgomery en la captura de Jacksonville, Florida.

Pero Tubman era una mujer que no se contentaba con misiones de reconocimiento o salvamento de esclavos fugados ni se ceñía a preparar brebajes para calmar la disentería de los soldados unionistas. Su espíritu indómito la llevó a pergeñar acciones militares o entrar en combate

Tubman durante la guerra de Secesión, donde llegó a dirigir un ataque

si fuese necesario con tal de acelerar el fin de la esclavitud. Y lo consiguió.

Tubman se convirtió en la primera mujer en dirigir un asalto armado durante la guerra de Secesión. Cuando las tropas del coronel Montgomery planearon asaltar la orilla del río Combahee, Tubman actuó como guía. La mañana del 2 de junio de 1863 comandó tres barcos de vapor a través de las aguas minadas hasta tierra firme.

Una vez en tierra, las tropas de la Unión abrieron fuego destruyendo las infraestructuras e incautando miles de dólares en comida y provisiones. Cuando las sirenas de los barcos sonaron, los esclavos de la zona entendieron que eran liberados y salieron corriendo hacia los barcos. Aunque sus propietarios armados de pistolas y látigos intentaron parar la huida, sus esfuerzos fueron inútiles.

Más de setecientos esclavos fueron rescatados en la operación. Los periódicos recogieron el patriotismo, sagacidad, energía y habilidad de Tubman. Unos meses después colaboró con el coronel Robert Gould Shaw, famoso oficial al mando del 54º de Massachusetts —compuesto de soldados negros— y que perdería la vida en el asalto al fuerte Wagner. Harriet fue testigo de la batalla: “Primero vimos el rayo, que eran las pistolas; y luego escuchamos el trueno que eran los cañones; y luego escuchamos la lluvia caer, que eran gotas de sangre cayendo; y cuando fuimos a recoger los campos eran hombres muertos lo que cosechamos”.

Colaboró con las tropas de la Unión hasta el final de la guerra, atendiendo a los esclavos recién liberados, realizando incursiones de exploración en el territorio enemigo. Además, periódicamente, realizó viajes a Auburn para visitar a su familia y cuidar a sus padres. Tras la rendición de la Confederación en abril de 1865 regresó por fin a casa.

A pesar de sus años de servicio, nunca recibió un salario regular, y durante años se le negó cualquier tipo de compensación. Su estado no oficial y lo desigual de los pagos recibidos por los soldados negros, hicieron que el proceso de reconocimiento de su pensión por parte el Gobierno fuera sumamente lento, y no la recibió hasta 1899.

A pesar de sus años de servicio, nunca recibió un salario regular, y durante años se le negó cualquier tipo de compensación. Su estado no oficial y lo desigual de los pagos recibidos por los soldados negros, hicieron que el proceso de reconocimiento de su pensión por parte el Gobierno fuera sumamente lento...

Boceto del nuevo billete de veinte dólares con la efigie de Harry Tubman

Cuando finalizó la guerra comprobó lo poco que habían cambiado las opiniones de los blancos sobre los negros. Por ejemplo, durante un viaje en tren a Nueva York, el revisor le ordenó que fuera al vagón de fumadores. Ella se negó, pero el revisor solicitó la ayuda de otros dos pasajeros, llegando a romperle el brazo, antes de arrojarla al vagón de fumadores. Durante el altercado otros pasajeros blancos no dejaron de insultarla y gritar al conductor para que la sacaran del tren.

Coincidiendo con el cambio de siglo, Tubman se implicó profundamente en la Iglesia Episcopal Metodista Africana de Sión. Durante sus últimos años trabajó para promover la causa sufragista. En una ocasión una mujer blanca le preguntó si creía que las mujeres debían votar. Harriet le contestó: “He sufrido lo suficiente como para creerlo”.

En 1911 su estado de salud era muy delicado y fue admitida en la residencia que se había construido en su honor. Un periódico de Nueva York narró su situación, incluidas sus penurias económicas. De forma espontánea se produjeron donaciones procedentes de estadounidenses anónimos. Rodeada de sus amigos y familiares, falleció de una neumonía el 10 de marzo de 1913.

Vuelve la imagen de Tubman a la actualidad, pues sustituirá al presidente Andrew Jackson en los billetes de veinte dólares, los de mayor circulación en Estados Unidos. Y la elección no ha sido fácil, pues se disputaron el puesto de honor, entre otras mujeres, Eleanor Roosevelt —esposa del presidente Franklin Delano Roosevelt—, Rosa Parks, famosa activista contra la segregación racial, y Wilma Mankiller, primera mujer jefa de la nación de los indios cherokee.

CAPÍTULO 17

Los Hombres Del 20º De Maine

El regimiento 20º de Maine y el coronel que lo comandaba, Joshua L. Chamberlain, protagonizaron el hecho de armas más heroico, estudiado, representado e ilustrado de toda la guerra civil estadounidense. La unidad se creó el 20 de agosto de 1862. Entonces era comandada por el coronel Albert Ames, que dejó el mando después de la batalla de Fredericksburg, en mayo de 1863.

Fue asignado el regimiento al Ejército del Potomac, en concreto, a la tercera brigada —compuesta por el 16º de Míchigan, el 12º, el 17º y 44º de Nueva York, y el 83º de Pensilvania— de la primera división del V Cuerpo y así hasta el final de la guerra. Sumaron en un principio 1.621 hombres, pero, tras un agotador año en el frente, tan sólo podían contar en sus filas con unos 389 infantes.

El coronel Joshua L. Chamberlain protagoniza la carga del famoso 20º de Maine ladera abajo de Little Round Top

Tomó el mando el coronel Joshua L. Chamberlain dos meses antes de la crucial batalla de Gettysburg. Había nacido el 8 de septiembre de 1828 en la ciudad de Brewer, Maine. Antes de la guerra fue profesor en el Bowdoin College en Brunswick, Maine, donde impartió clases de Retórica. Sus estudios superiores le convirtieron en coronel sin apenas instrucción militar.

Los hombres del 20º de Maine escuchaban los disparos de mosquetes y cañones en el valle, puesto que la espesura del bosque no dejaba ver el campo de batalla. Recorriendo la línea, Chamberlain daba ánimos a sus hombres para que cargaran sus mosquetes...

Julio de 1863, inicios de la famosa batalla de Gettysburg, una pequeña localidad de Pensilvania. El regimiento había caminado en cinco días unos 160 kilómetros y cuando llegaron a la colina Little Round Top siguiendo las instrucciones del coronel Vincent, después de cubrir en el último día una marcha de unos 20 kilómetros desde Baltimore Pike, se encontró ante la arriesgada misión de mantener la posición a toda costa. Contaba la unidad con unas 60 balas por hombre y poca experiencia en combate, cuando Chamberlain se colocó junto a los colores de su regimiento y situó a sus hombres en dos filas.

Durante cuatro horas se produjeron las acciones más sangrientas de la batalla de Gettysburg, en lugares que el paso del tiempo ha trasformado en míticos, en las rocas glaciales de Devil's Den, Peach Orchard, Wheatfield... Sin embargo, los confederados no lograron penetrar en la línea que se extendía por Cemetery Ridge.

La Unión resistía a través de una delgada línea que cada vez se parecía más a un anzuelo. Los hombres del 20º de Maine escuchaban los disparos de mosquetes y cañones en el valle, puesto que la espesura del bosque no dejaba ver el campo de batalla. Recorriendo la línea, Chamberlain daba ánimos a sus hombres para que cargaran sus mosquetes y atendieran las órdenes del corneta.

Desplegó astutamente una compañía, la B, al mando del teniente Walter G. Morris más a la izquierda, como una reserva táctica, y ocultos para asegurar el flanco, se les unieron catorce tiradores de primera, que había huido de los combates de la base de la colina y provenía de otras unidades.

El soldado Theodore Gerrish, del 20º de Maine, describió la batalla: "Diez minutos habían pasado desde que formamos la línea, pero no teníamos indicios del enemigo. De pronto se escuchó: ¡Mirad! ¡Mirad! Exclamaron los hombres de nuestro regimiento a un tiempo. La carnicería

La colina Little Round Top desde las posiciones confederadas durante el segundo día de batalla en Gettysburg

comenzó, nuestra unidad fue cubierto de humo y fuego".

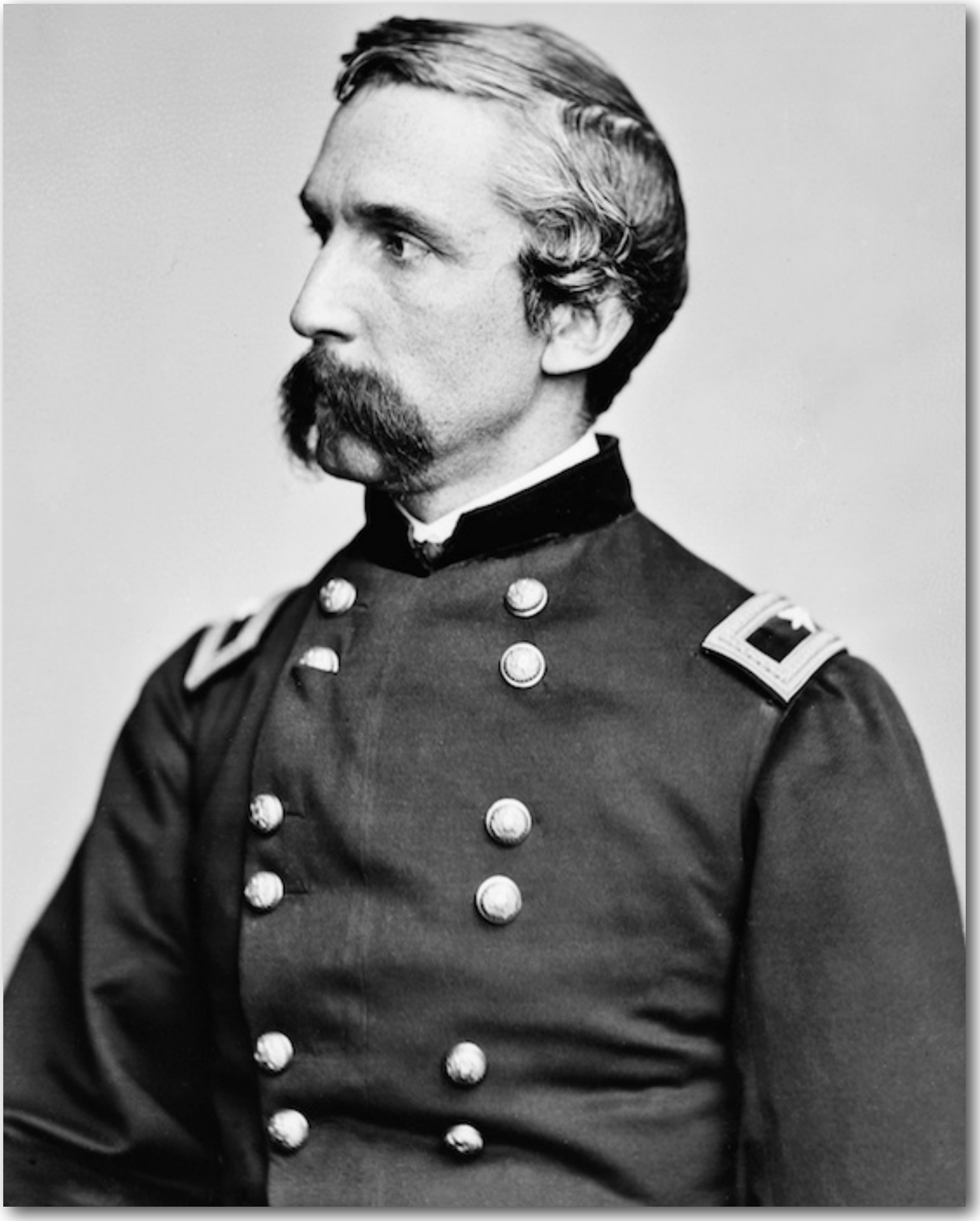
Los hombres que subían colina arriba eran los soldados del 47º de Alabama, unas siete compañías, y del 15º de Alabama, que se encontraban al mando de William C. Oates. Tampoco era un soldado profesional y se había hecho cargo del regimiento apenas dos meses antes. Pronto se inició el fuego, los confederados colina arriba disparaban a medida que avanzaban, los federales respondían con cargas de fusilería sin coordinar, las nubes de pólvora ascendían por las copas de los árboles y apenas despejaban ver el campo de operaciones.

Después de batidas infructuosas de sus hombres y de sangrientos ataques frontales, el coronel Oates cambió de estrategia. Hizo marchar a todo su regimiento a su derecha, para intentar una maniobra de flanqueo. Al darse cuenta, cuando observaba desde unas rocas, Chamberlain convocó a sus oficiales para explicarles sus nuevos planes: crearían una nueva línea en ángulo recto a su izquierda.

Sacó los hombres necesarios de su línea de batalla y, con la ayuda del capitán Ellis Spear, dobló la distancia a la que se encontraban los estandartes. Sin embargo, el ángulo recto no era más que una V en la que las líneas de soldados se juntaban peligrosamente en apenas 45º. Mientras tanto, Chamberlain observaba junto a la bandera del regimiento y tras sus soldados los movimientos del enemigo.

Nuevos ataques confederados sobre las siete de la tarde llegaron incluso al cuerpo a cuerpo, pero la línea de hombres encaramados en la colina seguía resistiendo precariamente, sin munición y no por mucho tiempo. Tan sólo sumaban 228 hombres. Chamberlain tenía que tomar una decisión trascendental si se producía un nuevo ataque confederado: no podía retirarse y no podía aguantar una nueva embestida de los rebeldes.

Cuando un nuevo ataque confederado se veía en la linde del bosque, se hizo un silencio y se oyó a continuación una voz gritar: "¡Calen bayonetas...!". Era Chamberlain, consciente de que no le quedaba otra opción que atacar coli-



Una fotografía del coronel Joshua L. Chamberlain firmada por Mathew Brady

na abajo. No podían seguir luchando y si se retiraban a la cima, el flanco izquierdo de la Unión se borraría del campo de batalla. Volvió a traer el flanco izquierdo del capitán Spear con la mayor rapidez posible y lanzó una carga con la bayoneta calada en dos oleadas, como si se tratase de una puerta que barriese la colina.

Con la corneta de fondo, los hombres gritaron con sus mosquetes en posición y lanzaron un ataque que abatió de un plumazo a los confederados en la más absoluta de las sorpresas. El teniente Holman S. Melcher dio diez pasos al frente. “¡Adelante, adelante, muchachos...!”. Le siguió el sargento abanderado y su escolta. Los soldados ocultos de la compañía B salieron de su escondrijo en el momento más oportuno. Oates se salvó de ser capturado de puro milagro.

Después de la batalla confesó: “Corrimos como una manada de ganado”. Se capturaron más de 400 prisioneros, los hombres del 47º y el 15º de Alabama huyeron a retaguardia. En otras partes de la líneas se aguantó a los rebeldes, sin embargo, a la altura del 16º de Míchigan, un poco más al norte, tuvo que actuar y dar ánimos a sus hombres el propio coronel Vincent que, con una fusta en mano, regalo de su mujer, gritaba: “¡Muchachos no les den ni una pulgada...!”. En ese momento fue alcanzado por una bala y moriría cinco días más tarde en un hospital de campaña.

Chamberlain alcanzó la gloria y recibió la medalla del Congreso treinta años después, el 11 de agosto de 1893, cuando ya había llegado al generalato y hubiera desempeñado en tres ocasiones el cargo de gobernador de su estado natal. La Unión había mantenido la izquierda en Gettysburg, uno de los hechos decisivos de la batalla, pues haría cambiar de estrategia al sagaz general confederado Robert E. Lee.

En la actualidad, el 133º batallón de Ingenieros del Ejército de Estados Unidos es el herederos de la unidad creada en Maine. Cuando el regimiento fue disuelto el 16 de julio de 1865 habían caído en combate 147 hombres, otros 146 por enfermedad, 381 resultaron heridos y 15 fueron hechos prisioneros. La gloria en el campo de batalla se la ganaron con creces los hombres del 20º de Maine.

Soldado del 20º de Maine

CAPÍTULO 18

Una Brigada De Hierro

Hubo muchas brigadas de hierro, pero ninguna formación de combate llegó a ser tan famosa como la compuesta por el 2º, 6º y 7º de Wisconsin, el 19º de Indiana y el 24º de Míchigan. Hablamos, claro está, de la guerra de Secesión.

También conocidos como los gorras negras —tocaban su uniforme con el hardee, modelo 1858, en lugar del quepi usado por la mayoría de las unidades del Ejército federal— se hicieron famosos desde su primera aparición en el campo de batalla, el 28 de agosto de 1862, en la segunda batalla del Bull Run.

Fue en esa misma batalla donde se ganó además su primer apodo, pues al tratarse de una brigada que se componía de unidades reclutadas en el Medio Oeste, se les denominaba en general como Brigada de Hierro del Oeste. Ocurrió cuando se encontraba bajo el mando del general de brigada John Gibbon.

Cuenta la leyenda que el apodo de *brigada de hierro* se lo ganó unos meses después, durante la batalla de la Monta-

Reynolds arenga a los hombres del 2º de Wisconsin en el bosque de Herbst, el 1 de julio de 1863, primer día de batalla

ña del Sur, un preludio a la de Antietam, en septiembre de 1862. Frente a la apurada línea de la Unión se encontraban los regimientos del famoso general confederado *Muro de Piedra* Jackson. El general Joseph Hooker pidió a George B. McClellan, comandante supremo del Ejército del Potomac, suministros para sus hombres, pues habían abierto una brecha en las filas rebeldes. McClellan preguntó quiénes eran esos hombres y, al saber la denominación de su unidad, respondió: “En verdad, deben ser de hierro”.

No es más que una leyenda, pero sabemos que denominaciones así fueron muy frecuentes durante la guerra de Secesión. Por cierto, McClellan fue destituido después de Antietam y Hooker desoyó sus órdenes en el campo de batalla, pero la leyenda ya había comenzado, incluso les llamaron en alguna ocasión “los mejores soldados del mundo”.

La unidad comenzó a gestarse el 1 de octubre de 1861, con la llegada a la capital federal del 7º de Wisconsin. Se encuadró más tarde en una brigada con el 2º y el 6º del mismo estado del Medio Oeste, y posteriormente el 19º de Indiana. Entonces, la unidad se encontraba bajo el mando del general de brigada Rufus King, que la organizó y mandó durante un periodo breve de tiempo, entre septiembre de 1861 y mayo de 1862.

El gobernador de Wisconsin durante la guerra, Alexander Randall, tenía la esperanza de ver la formación compuesta por hombres únicamente de Wisconsin, pero se incluyeron también hombres de Indiana, los del 19º.

Su bautismo de fuego —sin que todavía la unidad se compusiera de los regimientos que la hicieran famosa— se produjo durante la Campaña de la Península. En junio de 1862 se designó al III Cuerpo del general John Pope, del Ejército de Virginia, donde la estrategia ideada por George B. McClellan no dio sus frutos y produjo un estancamiento en las operaciones del frente del Este.

Después de King estuvo al mando el general John Gibbon, un oficial del Ejército regular oriundo de Carolina del Norte, que fue leal a la Unión. El 24º de Míchigan se unió a la brigada el 8 de octubre de 1862, poco antes de la batalla de Fredericksburg, que se desarrolló durante el mes de diciembre.

El 27 de febrero de 1863, la brigada, ahora bajo el mando del general de brigada Solomon Meredith, pasó a ser la 1ª Brigada, de la 1ª división, del I Cuerpo del Ejército del Potomac, una denominación que llenaba de orgullo a sus miembros, por ser “los primeros, de los primeros, de los primeros”.

Jugó un papel destacado, por su entrega y coraje, durante la famosa batalla de Gettysburg, los tres primeros días de julio de 1863. En el primer día de batalla tuvo que replegarse en el centro de la Unión cuando el general John Reynolds cayó mortalmente herido en primera línea del frente por el disparo de un francotirador en el bosque de Herbst.

El general de la Unión Solomon Meredith

Meredith replegó a sus hombres a la colina Seminary, a las afueras de Gettysburg. Los hombres del 11º de Carolina del Sur realizaron ataques devastadores en una maniobra de flanqueo y un ataque frontal del 26º de Carolina

del Norte. En pleno fragor de la batalla, el propio Meredith fue herido de gravedad en el cráneo y tuvo que realizar tareas administrativas el resto de la contienda.

Sin embargo, son recordados los cien hombres del 6º de Wisconsin por su famosa carga en la línea del ferrocarril, al noroeste de la ciudad, donde llegaron a capturar incluso la bandera del 2º de Mississippi y cientos de prisioneros rebeldes ese mismo día.

Durante la segunda jornada de la batalla soportó los ataques en Cup's Hill, al sureste de Gettysburg, en pleno empuje de los regimientos confederados. Ya durante la famosa carga de Pickett, ocupó el ala derecha de la Unión, donde sufrieron menos reveses. Sin embargo, el coste humano fue muy alto.

La *brigada del hierro*, proporcionalmente, sufrió el mayor número de víctimas de cualquier brigada en la Guerra Civil. Por ejemplo, el 61% (1.153 de 1.885 hombres) fueron bajas tan sólo en la batalla de Gettysburg.

Del mismo modo, el 2º de Wisconsin, que sufrió hasta un 77% de bajas en la misma batalla, sufrió la tasa más alta de bajas de toda la guerra; por detrás se situó el 24º de Míchigan, el último regimiento que se unió a la brigada de hierro.

El 24º de Míchigan perdió 397 de 496 soldados, una tasa de bajas del 80%. El 1º de Minnesota, tercero en esta sangrienta clasificación, en realidad sufrió el porcentaje de víctimas más alto de cualquier regimiento de la Unión en un solo combate de la Guerra Civil. Durante la batalla de Gettysburg perdiendo 216 de 262 hombres, un 82%.

Pero después de Gettysburg participó en otras batallas, como Mine Run, Overland y las campañas en torno a Richmond, el asedio de Petersburg, y los enfrentamientos finales de Appomattox, en abril de 1865. En junio de ese mismo año, al final de la contienda, las unidades de la brigada que lograron sobrevivir se separaron y se reasignaron al Ejército del Tennessee.

Emblema de la Brigada de Hierro

Créditos de imágenes e ilustraciones

01 dkfindout (american civil flags) 02 Library of Congress 03a vahistorical/speedorstrength 03b Virginia Historical Society 05 Jo Davidson, Library of Congress 06a US Naval Historical Center 06b US Naval Historical Center 07 Don Troiani 09 State Historical Society of Wisconsin 11 web archive Inc 12a musingwithclio 12b angelfire, civil war antiques 13 Materialscientist, Mathew Brady 16 California Heritage Collection 17 A. R. Waud 19a Library of Congress 19b National Archives 21 Library of Congress 22 Library of Congress 24 Jordan Lloyd y Mads Madsen 25a Library of Congress 25b Library of Congress 26 Xanthus Smith 28 Éduard Manet 30a Naval Historical Center 30b Naval Historical Center 31 Colección particular del autor 32 Smithsonian National Postal Museum 34 Library of Congress 36 Library of Congress 37 Don Troiani 40 Library of Congress 42 Library of Congress 43 stfrancis.edu 45 rogerebert.com 48a fanpop.com 48b toutlecine.challenges.fr 51 civilwar-online.com 53a Library of Congress 53b Kurz and Allison 54 rtve.es 57 kansascity.com 58 acculturated.com 61 Dennis Bro's & Co 63 buzznigeria.com 64 Don Troiani 66 gallon.com 67 Library of Congress 68 Don Troiani 70 Don Troiani 71 Library of Congress 72 Kristina Austin Scarcelli

El Autor

Fernando Martínez (Sevilla, 1972) es periodista y escritor. Ha reunido sus artículos publicados en la prensa en *Contracrónicas. Tres años en la Real Maestranza* (2013) y *Feria de Abril.1900* (2015). Es autor además de una biografía, *Manolete por Manolete* (2007), así como de un diccionario, *Breve diccionario taurino* (2005). Ha probado fortuna en la narrativa con la publicación de la novela *La tarde más larga* (2006) y *Escena de Semana Santa* (2014) al igual que la divulgación científica con *Leones, quaggas y pieles rojas* (2011), *Una historia de la Guerra de Secesión* (2012), *Otros Tiempos. Una aproximación a la cultura del toro* (2013), *La guerra de Secesión* (2013), *150 imágenes de la guerra de Secesión*, *Cartas desde Gibraltar* (2014), *Manolete, álbum inédito* (2014), *RMS Titánic* (2014) y *Turistas accidentales* (2015); sin olvidar el ensayo con la obra *La Paz. Luz del Porvenir* (1995). Como editor ha visto la luz *Morante. Una plaquette* (2015). Desde 2010 coordina FM.Revista de Cultura.

© 2016 Fernando Martínez

© 2016 Titánica

ISBN: 978-84-608-8472-9

Edición en formato digital, mayo de 2016.

La fotografía de portada, así como la del autor es de Penita y Melón.